



ESTADOS-UNIDOS.—Plantacion de cañas de azúcar cerca de Huston. (Pág. 143).

CARTA DEL SOBERANO PONTÍFICE

AL EMPERADOR DE LA CHINA.

El desastre que en la presente difícil condicion de la Iglesia han sufrido algunos vicariatos, en especial los de Kuan-Tong y de Kui-Tcheu, el peligro que corren los misioneros de diversas naciones esparcidos en varias provincias del Celeste Imperio, y el temor de un mal mayor que les amenaza, no podían menos de conmover vivamente el corazón de Leon XIII.

Por tanto, por el cuidado que le incumbe de la Iglesia universal, ha sentido la necesidad de acudir en ayuda de algunos fieles y de algunos hombres apostólicos que, abandonando la patria y la familia, se dirigieron á aquellas lejisimas regiones para difundir, á fuerza de privaciones y padecimientos, la ley de la fe y de la civilizacion en el extremo Oriente.

Ha escrito, pues, Su Santidad, al emperador Kuang-su una carta inspirada en el sentido de la más paternal solicitud, recomendando á S. M. I. á los misioneros y cristianos del Imperio, y encaminada á rogarle en el lenguaje de siempre y especialmente en el momento más difícil, su eficaz proteccion.

El encargo de llevar y entregar esta carta ha sido confiado al misionero P. Francisco Giulanetti, jefe de una nueva Mision establecida en el Chen-si. ¡Ojalá

Año VI.—N.º 128.

que ese conmovedor llamamiento al corazón del joven Soberano sea oído, y permita á los ministros del Dios de paz continuar su interrumpido apostolado!

La carta es la siguiente:

«Al ilustre y poderosísimo Emperador de las dos Tartarias y de los chinos.

«Emperador supremo: Promovida una conmocion belicosa en algunas regiones de tu Imperio, nos vemos impulsado á solicitar dentro de nuestros principios y funciones tu benignidad y clemencia para que en las peleas de las guerras no resulten perjuicios á la religion católica.

«En lo cual ciertamente ejercemos una mision propia, pues es nuestro deber proteger, en cuanto nos sea posible, el Catolicismo en todo el orbe; y seguimos los ejemplos de nuestros Antecesores, que pidieron á los más poderosos príncipes tuyos por los misioneros y los cristianos de la Europa.

«Nos ha llenado de una gran esperanza ver que en estos tiempos no faltan testimonios de la inclinacion de tu voluntad hácia los cristianos: tenemos, en efecto, entendido que en los primeros movimientos de la guerra ha decretado tu autoridad que no sean atacados los cristianos, ni que se infiera injuria ninguna á los mismos misioneros franceses. En este asunto, pues, Príncipe máximo, nadie desconocerá tu espíritu de equidad y de humanidad.

«Los sacerdotes que están en tu floreciente Imperio, por causa del Evangelio, son enviados por los Soberanos Pontífices, y de éstos reciben sus consejos, mandatos y autoridad.

30 Abril 1885.

«Y no suelen ser de una misma raza, pues en estos tiempos más principalmente proceden de distintos países como Italia, Bélgica, Holanda, España, Alemania, y pueblan la amplísima extensión de tus diez provincias.

«Si, los sacerdotes, ya de la Compañía de Jesús, ya de la Congregación de las Misiones, que en distintas provincias ejercen su ministerio, son escogidos de distintas familias. Entra en el plan de la religión cristiana borrar las diferencias de lenguas y raza, y unir fraternalmente á todos los hombres, sin fijarse en distinguir á los nacidos en un pueblo determinado.

«Además los trabajos de los que propagan el Evangelio son muy provechosos á los asuntos públicos del Estado; pues aunque aquellos tienen el mandato de abstenerse de los negocios políticos, su misión es esparcir y proteger la sabiduría de Jesucristo.

«Y en verdad; los principales preceptos de la doctrina cristiana son temer á Dios y conservar en todas las cosas la integridad é inviolabilidad de la justicia, de la cual se infiere que conviene á los magistrados que las leyes honren al rey, no tan sólo por el miedo como también por la conciencia.

«Con las dos virtudes enumeradas se mantiene á la muchedumbre en sus deberes y se conserva la seguridad pública.

«Además, los sacerdotes católicos que han tenido hace siglos una misión apostólica en el poderosísimo Imperio de los chinos, distan tanto de causar incomodidades á la potestad pública ni á las cosas civiles, que muy por al contrario han producido muchísimas ventajas y utilidades con el aplauso de todos. Esos sacerdotes han proseguido, en primer lugar, el proveer á la disciplina cristiana de las costumbres, y después á propagar la literatura y las demás artes en las cuales se encierra la cultura de las gentes.

«Su norte y sus propósitos son, no debe caber duda, que los chinos no sólo se inclinan á las instituciones cristianas, sino también que con la misma voluntad y fe reverencien tu nombre y tu majestad.

«Por tanto, Nos, poderosísimo Emperador, por la significación de tu benevolencia para con los sacerdotes y misioneros cristianos, te damos muchas y reconocidas gracias, y al mismo tiempo por esta clemencia en la cual brillas, atestiguamos vehementemente que tú abrazarás con firmísimo patrocinio á aquellos, para que no sufran daño alguno, y disfruten para beneficio hoy y sin ninguna ofensa de completa libertad en su misión.

«Entre tanto, rogamos al Señor Dios de cielos y tierra que te dé prosperidad, Príncipe ilustrísimo, y derrame sobre tí los dones de su inagotable bondad.

«Dado en Roma. San Pedro, día 1.º de febrero de 1885. Año VI de nuestro Pontificado.—LEON, PAPA XIII.

AMERICA MERIDIONAL.

El P. Luis Bouroncle, misionero apostólico, escribe desde Arequipa con fecha 30 de diciembre de 1884 al M. R. P. Fr. Ramon Buldú:

Arequipa, 30 de diciembre de 1884.



Como la pluma para comunicarle algunas noticias acerca de las Misiones que los Franciscanos damos todos los años en este colegio de San Genaro de Arequipa (Perú), al cual tengo la honra y dicha de pertenecer.

Empezaré, pues, dando noticia de las Misiones dadas en el año de 1884. Salimos de nuestro colegio el día 4 de junio los PP. Elías del Carmen Passarell, Antonio Larrea y Luis Bouroncle, y nos dirigimos al valle de Sambo, valle situado á 30 leguas de Arequipa, que era el teatro de nuestras excursiones apostólicas. Por tren llegamos á las cuatro de la tarde del mismo día, y á las 5 se dió principio á la Misión. El señor Cura con su numeroso pueblo salieron á recibirnos, la población estaba adornada de banderas, los muchachos llevaban ramas de árboles, manifestando la ansiedad y el deseo con que esperaban la santa Misión; y el fruto abundante que recogimos, manifestó que verdaderamente se aprovecharon de nuestros trabajos apostólicos. En tres semanas de Misión, se confesaron más de 700 personas y se realizaron 60 matrimonios de personas que vivían escandalosamente. Doloroso es decirlo; la población de Bocachara está cerca de la estación del ferrocarril, por cuyo motivo están, especialmente los hombres, algo atacados de los principios del liberalismo y por esta razón no fué más abundante el fruto. El día 30 de junio nos dirigimos á la población llamada La Punta de Bomborx (del mismo valle de Tambo), población muy alegre, situada á media legua del mar, en una llanura muy hermosa, y muy poblada: nos recibieron con muestras de cariño, y ávidos de oír la divina palabra: desde el primer día fué tanta la concurrencia, que el templo no podía contener la gente, y hubo que hacer en la plaza una iglesia campestre para que la gente no quedase expuesta á la intemperie. En un mes de Misión se confesaron 1,406 personas y se contrayeron 102 matrimonios. El día 27 de junio fué el señalado para la Comunión general: día memorable y de eterno recuerdo para esa población, y que jamás se borrará de mi memoria. Como el templo era pequeño levantóse una iglesia campestre, que fué adornada con profusión de flores, cortinas y dos palmeras que hay á la entrada de la iglesia (todo esto merced á los esfuerzos del señor gobernador y del señor alcalde): el altar se colocó á la entrada de la iglesia para que los hombres que estaban dentro y las mujeres que se hallaban fuera de la iglesia viesen todos el santo Sacrificio. Eran las 9 de la mañana cuando el reverendo Párroco empezó el augusto Sacrificio ante centenares de almas purificadas y santificadas, las cuales esperaban con ansia recibir á Jesús Sacramentado en su pecho. Era muy conmovedor ver á ese pueblo que con sus autoridades á la cabeza comulgaron con el mayor fervor y devoción. ¡Semejantes escenas sólo puede producirlos la religión católica por medio de sus misioneros! Permanecimos allí hasta el 3 de agosto á fin de poder confesar á cuantos lo deseaban, y en el mismo día nos dirigimos á la hacienda de Chucarapi (de un bienhechor de nuestro Colegio), donde dimos una Misión de diez días, y se confesaron 200 personas y se realizaron 12 matrimonios. El día 16 nos dirigimos á Bocotea, población muy pobre del mismo valle, y en ocho días de Misión 220 personas se purificaron de sus manchas y 12 matrimonios quedaron arreglados. Así que en tres meses que permanecimos en ese valle 2,400 almas salieron de la esclavitud de la culpa.

De contento he dejado para el último referir cómo esas poblaciones se despedían de nosotros. Al anunciarse el día de la partida, la tristeza se apoderaba de los corazones, multitud de gente se agrupaba á la puerta

de nuestra habitacion, llorando y despidiéndose tiernamente, de modo que nosotros no podíamos menos que llorar tambien con ellos. Nos acompañaron hasta una legua de distancia con las más vivas y expresivas manifestaciones de cariño. Tal es el efecto que siempre producen nuestras Misiones en estas poblaciones, todo debido al buen nombre de que gozan nuestros Colegios.

¡Ojalá que esta correspondencia despierte en algunos jóvenes el deseo de venir para hacerse religiosos y trabajar despues con fruto en la salvacion de las almas!

ALGUNOS DIAS EN TEJAS,

POR EL P. DOMENECH, UNO DE LOS PRIMEROS MISIONEROS DE ESTA PARTE DE LOS ESTADOS-UNIDOS.

ME habeis pedido para vuestros lectores, noticias de Tejas y algunos dibujos. El misionero con frecuencia, ya que no diga siempre, está tan ocupado y cuidadoso, que no tiene el tiempo ni la libertad de espíritu necesaria para escribir. Yo soy de este número; pero no obstante haré un esfuerzo para hablaros de mi última visita á mis antiguas Misiones.

Nada os diré de mi viaje desde Lyon á Nueva-Orleans. La vida á bordo, en el Océano, el aspecto febril de Nueva-York, esas inmensas vías férreas americanas que cruzan las cadenas de montañas, los bosques vírgenes y las praderas interminables, en otro tiempo habitadas por los salvajes, esos inmensos ferro-carriles sobre los cuales se vive día y noche, son otros tantos objetos de grande interés, acerca de los cuales espero escribir más tarde.

Llegado á Nueva-Orleans el sábado 11 de agosto, me detuve en ella, á causa del domingo, á fin de no estar en camino en semejante día. Además, hacia ya más de quince días que no habia ofrecido el santo Sacrificio, y me consideraba dichoso pudiendo celebrar la misa para dar gracias á Dios que me habia librado de todo desagradable accidente en este largo viaje de 6,019 kilómetros por mar, y 2,670 por tierra. El lunes, 13, continué la marcha para Galveston, á donde llegué el día siguiente. La fiesta de la Asuncion de la santísima Virgen hizo que permaneciese en esta ciudad hasta el día 15. Vuestros lectores ignoran quizá que Tejas, el más extenso de los Estados de la Union americana, fué dividido hace cosa de nueve años, en tres diócesis, la de Galveston, que cuenta actualmente cuarenta y tres sacerdotes; la de San Antonio, que cuenta treinta y siete, y el vicariato apostólico de Brownsville, que sólo tiene veinte y uno.

Galveston es constantemente una estufa, en donde día y noche se suda la gota gorda. Esta ciudad está construida en una isla de arena, en la cual uno se hunde hasta media pierna. El sol calienta esa arena con un ardor verdaderamente tropical: las casas, blanqueadas, reflejan la luz y el calor, de suerte que la atmósfera caldeada, se parece á la de un horno en plena actividad. Asimismo encontré en Galveston esas miríadas de mosquitos cuya picadura es tan dolorosa como irritante.

Habiéndose quintuplicado la poblacion desde el año 1848, la ciudad está embellecida con la construccion de muchas iglesias, del hospital, del colegio, y de las casas de banco ó de comercio. No hablo de los templos protestantes y de las logias masónicas. En la diócesis de Galveston, que comprende todo el Este de Tejas, muy

regado en esta region, se encuentran las más bellas plantaciones de cañas de azúcar. Os envío la vista de un ingenio tomada desde los alrededores de Huston. (V. el grabado de la pág. 141).

El Ilmo. Gallagher y sus misioneros me recibieron con mucha benevolencia y querian retenerme; mas yo no podria soportar en estío el clima de Galveston. Desde Nueva-Orleans hasta Castroville todos mis compañeros me trataban con esa respetuosa curiosidad que se siente ante una reliquia de los tiempos pasados. En mi cualidad de uno de los fundadores de la Mision de Tejas, me miraban con asombro, y lo que les sorprendia más que todo era ese viaje á mi edad.

Tenia una carta del Ilmo. Neraz, obispo de San Antonio, para el Ilmo. Manucy, vicario apostólico de Brownsville, mi última residencia. El 16 tomé el buque de vapor para Corpus Christi, donde me proponia entregar la carta al sobredicho Prelado. Apenas embarcados nos asaltó una tempestad terrible, de la que salimos bien librados gracias al celestial auxilio. Una tromba estuvo á punto de estrellarnos, pero fué á romperse ella misma á unos dos kilómetros de nuestro buque.

En Corpus Christi supe que el Obispo estaba en Laredo, sobre el Rio Grande, y allí fuí el día siguiente en ferro-carril. El Ilmo. Manucy, temiendo para mí las influencias deletéreas del clima, lo mismo que las fatigas y privaciones interesan al ministerio apostólico en estas regiones, me aconsejó que fuese á San Antonio. Me puse, pues, en camino para esta ciudad, en donde fuí ordenado sacerdote en 1848. Desde Corpus Christi á San Antonio se cuentan en ferro-carril 508 kilómetros, á través de praderas y bosques. El paisaje es monótono, pues casi es igual en todo el trayecto.

La poblacion de la última ciudad dicha se ha tambien quintuplicado de treinta años acá. Se han multiplicado allí las iglesias, lo mismo que los establecimientos católicos; pero el protestantismo y la francmasonería, tan poderosa hoy día en todas partes, cuentan tambien con muchos edificios. La poblacion mejicana tiende á desaparecer de San Antonio, y está ya confundida en el elemento americano. Este triste hecho me impresionó mucho más que las nuevas casas y las nuevas tiendas. La ciudad no es ya lo que era cuando los salvajes, que hormigueaban en sus alrededores, venian á visitarla con sus lanzas y sus flechas. Bajo el punto de vista religioso, echo á menos el pasado, la fe sencilla de los mejicanos y la fe robusta de los irlandeses. Con la invasion de los americanos, no me parece que la Religion gane terreno en San Antonio. Las antiguas Misiones españolas de la Concepcion y de San José, de las que envío un croquis (V. las págs. 145 y 149), están más arruinadas que nunca.

El sábado siguiente, fiesta de san Luis, rey de Francia, patron de Castroville, me dirigí á esa colonia, que fué mi primera Mision. El tren estaba completo y éramos cincuenta en mi vagon. Nos asábamos todos en aquella atmósfera tórrida, perfumada con los más exóticos olores. A las nueve se nos advirtió que el tren procedente de Galveston y que habíamos de aguardar llevaba tres horas de retraso, á causa de que el fuego de las praderas habia quemado un puente. El resultado fué que hasta las tres de la madrugada no pude llamar á la puerta del párroco de Castroville; y como no me oyó y no quise hacer ruido, fuí á acostarme á la puerta

de la iglesia. No pudiendo dormir á causa de la dureza de mi cama sobrado rústica, recé algunos Rosarios.

El día de la fiesta patronal canté la Misa despues de haber ido en procesion á buscar las reliquias de san Luis para conducir las desde el convento á la iglesia. Las ceremonias religiosas del día fueron anunciadas por algunos disparos. ¡Qué contraste el esplendor de este día en la iglesia, con la pobre capillita de otro tiempo!

La poblacion de Castroville no se ha aumentado; pero han cambiado las costumbres: la moda parisiense es seguida allí como en todas partes. Sin embargo, los habitantes conservan el idioma de la madre patria. El río Medina (V. pág. 153) tiene aún cocodrilos, y se mata alguno, pero raras veces.

El párroco de Uvalde, sabiendo que yo me encontraba en Castroville, vino á suplicarme que le reemplazase mientras iba á construir una capilla en el extremo de su Mision. El cuadro desgarrador que me trazó de su residencia me conmovió tanto, que acepté sin vacilar, y la misma tarde tomámos el tren para Uvalde. Apenas habia tomado asiento cuando se me acerca un americano, y me dice:

—Padre, ¿es V. sacerdote católico romano?

—Sí.

—Yo tambien soy católico romano: hace seis meses que no he podido confesarme, y ahora vuelvo á los desiertos, donde estaré otros seis meses sin encontrar sacerdote. Aunque el lugar no sea muy cómodo para el caso, ni conveniente tampoco, quisiera confesarme antes de que V. dejase el tren.

—Esto es facilísimo; prepárese V., y mi compañero ó yo le oírmos á V. en confesion aquí ó en la plataforma del coche.

Como fué dicho, se hizo. Casos semejantes no son raros en estas fronteras, donde el número de sacerdotes es muy insuficiente.

Ayer mismo un mejicano católico vino á decirnos que habia encontrado en las gargantas de algunos montes, varias habitaciones ó ranchos en donde vivian mejicanos que nunca habian visto sacerdote, ni conocian absolutamente cosa alguna de Religion, y que cierto número ni siquiera estaban bautizados. A orillas mismas del Río Frio, del Leona y de otros muchos rios, existen no pocos de esos infelices que viven casi en estado salvaje, en la mayor ignorancia de las cosas que atañen á la salvacion. Mi jóven compañero va á aprovechar mi permanencia en este lugar para hacer una visita á esas desvalidas gentes y bautizar á los que no lo estén.

El ferro-carril que conduce á Uvalde, va hasta San Francisco, en California, pasando por Eagle-Pass, situado á orillas del Río Grande. El valle de este nombre es muy pintoresco, como puede juzgarse por el grabado de la pág. 161.

Uvalde es menos una ciudad construida en un bosque, que un bosque en el cual están diseminadas, bajo los árboles, habitaciones de tablas. Los mesquitos y las encinas, dejados en pié por todas partes, ocultan la ciudad, que apenas puede verse cuando uno se encuentra en el centro. La poblacion se compone de cosa de un millar de americanos, protestantes y francmasones, por consiguiente muy hostiles al Catolicismo, y de quinientos á seiscientos mejicanos, ignorantes, pobres, y en su mayoría indiferentes en materia de salvacion.

La iglesia es una cabañita de tablas, muy limpias,

pero de extremada pobreza. No tiene torre ni campana. Carece de custodia, de copon y de incensario, de suerte que nunca podemos dar la bendicion con el santísimo Sacramento. Falta la lencería de iglesia, de modo que no tenemos más que un amito, cuatro purificadores, una sola alba, y los otros ornamentos corren parejas con esta miseria. El altar está hecho de una tabla cubierta con un encerado, y el tabernáculo lo forma una cajita velada con algodón rojo y papel dorado. Seis candeleros de hoja de lata, y algunas flores marchitas de papel y de muselina adornan el altar. Es imposible no verter ardientes lágrimas viendo la bondad de Dios, nuestro divino Salvador y Dueño de cielo y tierra, que se digna habitar semejante recinto, para permanecer entre los hombres.

La casa parroquial, adosada contra la iglesia, tiene pocos piés cuadrados. Sus muebles se componen de tres maletas comprendida la mia, de libros, lienzo y vestidos, dos mesitas, dos sillas, dos estantes, dos cajas, una jofaina y dos cántaros. Este mobiliario no es lujoso ni considerable, y no obstante estorba en la cabaña. Cada noche abrimos dos catres, pero sin colchon ni jergones. Siendo el calor sofocante, hay necesidad de dejar casi abiertas las puertas y ventanas en la Luisiana y en Tejas, á fin de tener por lo menos un poco de aire de vez en cuando, pero aquí, despues de haber sudado hasta media noche, se tiritan todas las mañanas desde el mes de setiembre. Esta brusca transicion de temperatura es bastante desagradable y favorece poco el sueño.

Atendida la situacion social y religiosa de Uvalde, no puedo trabajar tanto como quisiera en la viña del Señor. El domingo durante la misa despues del Evangelio predico en español á los mejicanos, y en inglés á los americanos, poco numerosos por lo demás, que vienen á la iglesia. A las tres enseño el catecismo en inglés y despues en español: los mejicanos rezan el Rosario con todos los niños. Entre semana enseño á algunos niños mejicanos el catecismo, á leer y á servir la misa. Además tengo algunas confesiones el sábado. Respecto á los demás Sacramentos como el bautismo y el matrimonio, confiero pocos en este momento.

El ministerio es poco consolador en esta Mision; consuélame, sin embargo, el que doy á mi compañero tiempo de construir una iglesia en una Mision mejor. A la vez que hace visitas á los ranchos aislados, puede darse cuenta de la situacion religiosa de las habitaciones vecinas que nunca han tenido sacerdotes. Muchas cosas pudiera aún decirlos para interesarlos en favor de nuestras pobres Misiones de la frontera de Tejas. Atrévome á esperar que vuestros lectores se compadecerán de nuestra profunda miseria, y que acudirán en nuestro auxilio con sus oraciones y limosnas.

FILIPINAS.

CONQUISTA ESPIRITUAL DE MINDANAO POR LOS AGUSTINOS RECOLETOS.

Por el interés que tiene extractamos este artículo que con fecha 23 de noviembre de 1884 escribió en la *Revista agustiniana* el Padre agustino Fr. Toribio Minguella de la Merced.



BRILLANTE apología de las Órdenes religiosas es la que resulta de la pronta y pacífica conquista de Filipinas para el Catolicismo y para España. Ningun escritor de nota, por grande que sea su enemiga hacia los Institutos religiosos, deja de

reconocer que al celo y patriotismo de éstos fué debida principalmente la rápida y estable conquista de aquel archipiélago; y todos están convencidos de que la conservación de esas regiones para el Catolicismo y para España no podría obtenerse sin las Órdenes religiosas.

Hay, sin embargo, inexactitud al calificar de pronta y pacífica la conquista de Filipinas, si el concepto se refiere á todas aquellas islas; puesto que debe exceptuarse la de Mindanao, que por su extension es la segunda y en fertilidad la primera del archipiélago. Más de tres siglos hace que fueron conquistadas Cebú, Luzon, Mindoro, etc.; y durante esos tres siglos se ha venido trabajando activamente para la conquista de todo el Mindanao, sin que hasta hoy la hayamos conseguido por completo.

El presente artículo se refiere tan sólo á la conquista espiritual de aquel territorio; conquista laboriosa y cruenta, porque los mindanaos, como los habitantes del archipiélago de Joló, por ser de carácter fieramente guerrero, y hallarse muchos inficionados con el mahometismo, han opuesto siempre tenaz resistencia al Evangelio, y por consiguiente, á la civilización.

Las crónicas cuentan en estos términos el principio y progresos de la conquista espiritual de Mindanao:

«La sagrada Compañía de Jesús, el año 1596, obtuvo de el Cabildo Sede vacante de Manila las licencias necesarias para procurar la espiritual conquista de Mindanao, las que confirmó por el Patronato Real el gobernador D. Francisco Tello: á la cual dió motivo el estar D. Estéban Rodriguez de Figueroa muy ocupado



ESTADOS-UNIDOS.—Antigua Mision española de la Concepcion. (Pág. 143).

en conquistar por armas esta isla. Pero con la muerte de este caballero, retirándose nuestras armas, hubo de ejecutar la Compañía lo mismo, abandonando el sitio de Tampacán, donde resonó entonces su trompeta Evangélica, no con tanto fruto como correspondía á sus ansias verdaderamente apostólicas. El año de 1599 tomaron esta viña á su cargo los Padres Agustinos Observantes, y fué á cultivarla el P. Fr. Pedro Xaraba con otro compañero; quienes desengañados de que solo la guerra podría abrir paso á la predicacion, por ser la gente de suma ferocidad, dejaron la empresa, y se volvieron á Zibú. Prosiguió despues la Compañía en despachar misioneros, que sin rendirse á los trabajos, ni ceder á los peligros, intimaron la ley de gracia á los que estaban muy de asiento en los horrores de las tinieblas y mor-

tales sombras: lo que ejecutaron especialmente en el Rio de Butuan é isla de Camiguín; donde algunos aunque pocos, se rindieron y recibieron el Bautismo. Sobrevinieron á esto las armas, á cuya violencia quedó Butuan hecho encomienda de uno de los conquistadores; quien por motivos harto reprecensibles, logró que cesasen las Misiones de estos Padres, haciéndose cargo un clérigo, portugués, de aquella administracion: y como soltase con esto la rienda á su codicia, se siguió inmediatamente el alzamiento de los indios, y que murieran todos los españoles á sus manos, sin escaparse el clérigo, ni el encomendero; como tambien que los cristianos se volviesen á su gentilidad, apostatando de nuestra santa fe.

«Acudió dentro de algun tiempo una armada de Zibú,

con la cual, y con las diligencias de un Padre de la Compañía se sujetó de nuevo el pueblo de Butuan, quedando en él de asiento dicho Padre, para procurar la reducción de apóstatas y gentiles. Trabajó éste (y otros que le sucedieron) con el celo que se podía esperar de operarios de tal Religión; mas era tal la rebeldía, que apenas recibieron la fe trescientas almas, las cuales estaban repartidas en distancia de cuarenta leguas de costa, desde Butuan á Cagayan, y en la isla de Camiguín. Y viendo la Compañía el poco fruto que allí se esperaba conseguir, por conveniencias del mayor servicio de Dios y por acudir á mayores necesidades de los prójimos, determinaron abandonar este ministerio: en el cual entraron sucesivamente algunos sacerdotes seculares, que no pudieron subsistir, porque no rendía lo preciso para la manutención.»

Así las cosas, llegó el año de 1622, y el Ilmo. señor obispo de Cebú D. Fr. Pedro de Arce, agustino calzado, de acuerdo con el Gobernador general de las islas, encomendó la conquista espiritual de Mindanao á los Agustinos Recoletos. Presurosos acudieron los nuestros á aquel campo del apostolado y del martirio, arribando á las playas de Mindanao ocho religiosos que iban presididos por el V. P. Fr. Miguel de Santa María. El abundantísimo fruto que aquellos sembradores de la divina palabra consiguieron en el espacio de un año, dice en favor de los Recoletos mucho más que cuanto pudiera ponderarse; pues recorriendo la costa E. y N. de Mindanao y las islas adyacentes de Siargao, Dinagat y Camiguín, bautizaron durante el año 1622 y parte del 1623, 21,300 personas.

Al lado de la magnífica cifra que antecede presentemos esta otra que lo explica: 6 agustinos recoletos fueron martirizados en Mindanao, desde el año 1623 al 1631.

Más adelante fueron martirizados otros, y entonces y después sufrieron duro cautiverio muchos de nuestros Recoletos.

Santamente envidiosos los Padres Jesuitas de los lauros que los Recoletos conquistaban en Mindanao, acordándose de que habían sido los primeros en anunciar la buena nueva á aquellos isleños, obtuvieron que «el gobernador D. Fernando Tello en 6 de febrero de 1624 entregase las doctrinas de Mindanao á los Jesuitas... Y en consecuencia señaló desde luego estipendio librado de la Caja Real para dos ministros que entonces se apercibieron para esta santa jornada (1).»

A fin de evitar disgustos, y para el mayor acrecentamiento de las Misiones, determinó la Superioridad que desde punta Saluan hasta el cabo de San Agustín, banda Este de Mindanao, fuese de la administración de los Recoletos; y que desde dicha punta Saluan hasta el mismo cabo de San Agustín, banda Oeste, administrasen los Padres de la Compañía.

Jesuitas y Recoletos trabajaron con ardor en la conquista espiritual de Mindanao, y si no obtuvieron todo el fruto que podía esperarse de su celo, debe achacarse principalmente á la piratería de los moros. Desde el descubrimiento de Filipinas hasta nuestros días, los moros de Mindanao y Joló no han cesado en sus excursiones piráticas, cautivando millares y millares de cristianos, asolando pueblos y destruyendo en un momento el fruto de prolongados trabajos apostólicos. Pues

cuando los moros llevaban su atrevimiento hasta penetrar en la bahía de Manila, como sucedió más de una vez, ¿qué no harían en las cristiandades contiguas á sus viviendas?

Así es que la estadística cristiana de Mindanao en los siglos XVII, XVIII y parte del XIX es el termómetro de las invasiones de los moros. Cuando estos fementidos acudían á la hidalguía española para que defendiese, ya á éste, ya al otro sultán en sus guerras civiles (que nunca debimos hacerlo), gozaban las islas de una paz relativa, y la estadística cristiana iba en alza; pero bien pronto los ingratos moros pagaban los servicios prestados por España con nuevas incursiones, y entonces descendía lastimosamente la estadística cristiana.

Ha llegado á nosotros la que se formó en el año de 1749; por ella vemos administraba entonces la corporación de Recoletos 36 pueblos, 4,636 tributos (1) y 20,560 almas.

Debe agregarse al número de almas el de 360 catecúmenos.

Acaeció en 1768 la injusta expulsión de los muy beneméritos Padres de la Compañía de Jesús, y con tan triste motivo fueron asignados á los Agustinos Recoletos todos los ministerios que los Jesuitas administraban en Mindanao. De un informe que el Padre provincial de Recoletos dió por entonces al capitán general, vicepatrono de las Islas, consta que las Misiones de los Padres Jesuitas contaban en Mindanao, al tiempo del extrañamiento, 1,666 $\frac{1}{2}$ tributos.

Escaso era entonces el personal de los Recoletos en Filipinas, y tenían que atender, no sólo á la administración de Mindanao, sino también á la de otras muchas islas. Habida cuenta de esto, y sin olvidar que los moros no cesaban en sus continuas depredaciones, harto hicimos con que la cristiandad no aminorase. En 1778, diez años después de la expulsión de los Jesuitas, teníamos en Mindanao 13 pueblos, 3,164 tributos y 30,904 almas.

El personal de Recoletos escaseaba más y más cada año; tanto que en el de 1784 no pudieron proveerse en Mindanao los siguientes pueblos:

Surigao y las Misiones de Cabong-bongan, Higaquit y Cacub.

Butuan y las Misiones de Tubay, Hingoog, Mainit, Habongan, Talacogon y Linao.

Iligan y la Mision de Initao.

En 1820 la Corporación de Recoletos ó Agustinos descalzos administraba en Filipinas 123 pueblos y anejos, esparcidos en 27 islas, de la comprensión de 8 provincias, desde la de Manila (entonces Tondo) hasta la de Mindanao é islas Marianas. Para atender á tan vasta administración sólo contaba con ¡36 religiosos! En vista de esto, no es extraño que nuestra población cristiana de Mindanao nos dé en aquella época sólo diese el censo de 2,338 $\frac{1}{2}$ tributos y 25,385 almas, repartidos en varios pueblos, exceptuados los de Bislig, Tandag, Surigao, Butuan, Bayue y Zamboanga por la tristísima razón de que no teníamos personal para administrarlos;

(1) Cada dos personas tributantes forman un tributo, y lo pagan todos los indios, con pocas excepciones, desde la edad de 18 hasta los 60 años. Un tributo se reputa por una familia: calculándose en las islas Visayas, á donde pertenece Mindanao, cinco personas de toda edad y sexo por cada tributo entero. La desproporción que notarán los lectores entre el número de tributos y el de almas se origina de que muchas familias, por privilegio, ó por recien convertidas, están exentas del tributo.

(1) P. Francisco Combés, jesuita, *Historia de Mindanao*. Madrid, 1667.

pero los pocos Recoletos que había entonces en Mindanao (eran cinco) redoblaban sus esfuerzos para sostener aquellas cristiandades, y aun para aumentarlas. De esto último es buena prueba que en el número de almas del censo anterior se incluyen nada menos que 3,404 inheles nuevamente reducidos.

De las Provincias que la Congregación de Agustinos descalzos tenía en España procedía todo el personal que fundó y sostuvo la de San Nicolás de Tolentino en Filipinas, compuesta de los religiosos que voluntariamente se alistaban en la Península para las Misiones; y como nuestros conventos en España no eran muchos, é iba aminorando su personal á causa de los trastornos europeos de principios de este siglo, apenas había quien se alistase para las Misiones de Ultramar. Por eso los Prelados de Filipinas pensaron en la fundación de un colegio cuyos individuos no tuviesen otro destino que aquellas islas. En 1824 se abrió el nuevo y tan necesario colegio en la ciudad de Alfaro; mas por la estrechez del edificio se trasladó en 1829 á la villa de Monteagudo en Navarra. Merced á las Misiones que partieron de este colegio, pudo atenderse de lleno á la conquista espiritual de Mindanao, y el resultado fué tan magnífico como se desprende de la estadística formada en 1838, que daba un total de 11,186 tributos y 71,589 almas, y comparándole con la del año 1820 da un aumento de 7,848 tributos y 45,804 almas.

La reducción de infieles en Mindanao el año 1838 nos da el número de 949.

Por la estadística del año 1851, trece años posterior á la que antecede, y vemos el aumento constante de la población cristiana en Mindanao, pues arroja un aumento de 5,010 $\frac{1}{2}$ tributos y 20,403 almas.

Avanzando diez años más, la estadística de 1861 nos da un nuevo aumento sobre la anterior de 10,559 tributos y 33,869 almas.

En 1852 habían obtenido los Padres de la Compañía de Jesús, con grandísimo contentamiento de los Recoletos, volver á Mindanao. Según aquella Real orden, los Jesuitas debían poseer lo que en Mindanao y Joló conquistasen espiritualmente; y en 3 de julio de 1859 decretó el Gobierno que los Padres de la Compañía se hiciesen cargo de todas las Misiones, doctrinas y curatos de Mindanao, reemplazando allí á los Recoletos, á quienes, en cambio, se daban otros curatos en diversas provincias. En su virtud desde el año 1862 vamos entregando nuestros curatos y Misiones, á proporcion que vacan, á los Jesuitas.

Sin embargo, al finalizar el año de 1882, todavía los Recoletos administrábamos en Mindanao 14 pueblos, 21,440 $\frac{1}{2}$ tributos y 94,381 almas.

En 1882 el personal de Jesuitas en Mindanao era de 68 religiosos, y el de Recoletos 17.

Posteriormente, en 1883, entregámos á los Padres Jesuitas los pueblos de Numancia y Cabuntug, que en 1882 aparecían con 1,956 $\frac{1}{4}$ tributos 7,702 almas:

En 1.º de Enero de 1884, sin incluir estos dos pueblos, porque ya los administran los Jesuitas, figuran en nuestra estadística de Mindanao 21,370 tributos, á que agregados los 1,956 $\frac{1}{4}$ de que se hizo entrega últimamente, nos da el número de 23,326 $\frac{1}{4}$ tributos. Hecha la comparación entre las estadísticas de 1882 y 1883, resulta que durante un año han tenido de aumento los Recoletos 1,885 $\frac{1}{2}$ tributos.

Aunque los Padres de la Compañía de Jesús no hayan tenido más progreso en los 21 años de su administración que 1,810 $\frac{1}{4}$ tributos, desconocer su laboriosidad y celo apostólico sería cerrar los ojos á la luz (1). Lo cierto es que, tanto la benemérita Orden de los Jesuitas, como los Agustinos descalzos trabajan infatigables en Mindanao. Y á propósito de esto, terminaremos el presente artículo con las hermosísimas frases de uno de nuestros cronistas: «Nadie ignora que aunque Paulo plante y Apolo riegue, sólo Dios es quien da el incremento; y que bautice Pedro, bautice Pablo, ó bautice Judas, Cristo es el que bautiza. Bien comprobada tienen en la práctica las dos sagradas Religiones (Jesuitas y Recoletos) tan sólida verdad; pues se mantienen siempre enlazadas con la más firme unión. Prosiga ésta: trabajen en conformidad ambas Familias, hasta que rendido todo Mindanao á su celo, triunfe en sus reinos y provincias el nombre de Cristo.»

LA VENERABLE ÓRDEN TERCERA DE SAN FRANCISCO ENTRE LOS ESPAÑOLES Y LOS INDIOS.

Un franciscano filipino escribe los siguientes interesantísimos datos:

Dos son las iglesias que en esta ciudad de Manila pertenecen á Tercera Orden de penitencia; una situada en el interior de la ciudad murada contiguo al convento de S. Francisco donde hay una respetable comunidad de Religiosos, y aunque esta padeció mucho en sus muros en los tristemente célebres temblores del año 1880, por cuyo motivo hoy día se le están haciendo reparaciones que la darán mucha solidez y hermosura, y otra, que sufrió más, situada en el arrabal de Sampaloc contigua á la iglesia parroquial de la cual siempre es cura párroco un religioso franciscano que por escasez de religiosos es también comisario de la V. O. T. La primera fué fundada con objeto de que en ella fueran escritos exclusivamente los españoles, que desearan tomar el hábito de penitencia, y en la segunda los indios. Esta separación la comprenderá muy bien quien conozca las circunstancias especiales de estas islas Filipinas. En un principio hubiera sido imposible formar una asociación compacta de españoles é indios, atendida la diversidad de posición, carácter, educación y costumbres; aún hoy día es conveniente esta separación á pesar de estar el indio muy ilustrado en relación á como se hallaban sus padres cuando vinieron los primeros españoles.

El templo de Sampaloc quedó tan triturado con los temblores que ha sido necesario hacer una reedificación completa; muy poco ha sido lo que se ha podido aprovechar de las paredes antiguas. Tan pronto como los ánimos se tranquilizaron en Manila de la indescripible impresión que recibieron con los horrorosos é imponentes temblores, el M. R. P. Fr. Pedro de Alcántara Flores, comisario entonces, lleno de celo y actividad comenzó á trabajar para levantar la derruida iglesia. La falta de fondos presentaba, atendidas las circunstancias, un obstáculo insuperable, mas el celo supera las mayo-

(1) Cuando esto escribíamos ha llegado á nuestras manos, publicado en los diarios filipinos, el extracto del plano de almas hecho por los Padres Jesuitas en el año 1881. De él resulta que desde el año 82 al 84, la población de Mindanao administrada por los Padres de la Compañía ha tenido 1,704 tributos de aumento y 1,513 almas de disminución.

res dificultades. La ley civil que obliga á presentar los planos al gobierno de estas islas, para su aprobacion antes de comenzar otros de esta clase, obliga asimismo á dar razon de los fondos con que se cuenta para la edificacion. Al presentar dicho P. Flores los planos en el gobierno fué preguntado por los fondos, quien resueltamente respondió: Con los fondos de la providencia divina será construida la iglesia. Digna respuesta de un Franciscano; y Dios que tenia dispuesto que la iglesia fuera reedificada, hizo que fuese bien recibida del gobierno. A pesar de la penosa situacion por que ha pasado Filipinas en estos últimos años, á causa de varias calamidades que ha sufrido, la divina providencia ha hecho que en menos de cuatro años se hayan podido invertir más de treinta y un mil duros, recogidos en su mayor parte de limosnas de los hermanos terceros y otras personas extrañas á la Orden.

La recomposicion ha sido llevada á cabo y las obras, gracias á la divina providencia, han sido felizmente terminadas. La iglesia, en su interior es de las más bonitas de Filipinas, lo cual se debe á la sabia direccion del inteligente y activo ingeniero D. Ramon Hermosa, quien no sólo ha prestado sus servicios gratis, si que tambien ha contribuido con sus limosnas. Tal ha sido la devocion con que ha trabajado y el afecto que ha tomado dicho Sr. Hermosa á la Seráfica Orden que ha pedido el santo hábito de penitencia.

El día doce de diciembre del año próximo pasado fué el elegido para la bendicion é inauguracion del templo. Los hijos de N. P. santo Domingo se asociaron, como lo tienen de costumbre en ocasiones semejantes, á sus hermanos los Franciscanos en la celebracion de los solemnes cultos que con motivo de la inauguracion se han hecho. El día doce á las cinco de la tarde un inmenso gentío, lleno de alegría y entusiasmo, esperaba al bondadoso Sr. obispo dimisionario del Tung-king, D. Fr. Bernabé Zizon, del Orden de Predicadores, en el patio de la iglesia de Sampaloc, quien se habia ofrecido gustosísimo á bendecir la Iglesia. Dicho señor fué recibido por los vítores de la entusiasmada multitud, los acordes de tres bandas de música y repiques de campanas, siéndole casi imposible caminar por el atrio á causa de la gente que en derredor suyo se apiñaba ansiosa de besar el anillo. Todos los actos religiosos aprobados por la iglesia católica infunden respeto, efecto de la seriedad de sus ceremonias, más cuando quien oficia es un príncipe de la Iglesia, el acto adquiere mayor majestad; así es que la bendicion se efectuó con una especial solemnidad y una majestad que tenia como suspenso el ánimo de la devota multitud que la presencié desde el atrio. Una vez terminada la ceremonia, personas de la más distinguida sociedad de Manila subieron al convento á besar el anillo y saludar al Ilmo. Sr. Zizon, quien recibió á todos con amabilidad y paternal cariño. Apenas se abrieron las puertas del templo fué invadido por la multitud, cuya mayor parte la componian hermanos terceros que de las provincias limítrofes habian venido á presenciar la bendicion.

El siguiente día se inauguró la iglesia dando principio, como es de costumbre todos los años, á un solemne triduo con el Santísimo expuesto en honor de Nuestra Señora bajo el título de Peregrina, que es la patrona titular de la Iglesia. A la vez se hizo la novena á la Purísima Concepcion, por lo que las fiestas se prolongaron por nueve días; en todos ellos hubo sermon, ofre-

ciéndose voluntariamente los predicadores. El tercer día del triduo por la tarde hizo la reserva del Santísimo y llevó el sagrado viril en procesion por el patio de la iglesia el Excmo. Sr. Arzobispo de Manila, Fr. Pedro Payo, del orden de Predicadores. Dicho señor se mostró sumamente atento con los hermanos terceros, habiéndose dignado aceptar la modesta refaccion que le tenian preparada. Para comprender en todo lo que estimaron este acto del Sr. Arzobispo los indios terceros, es necesario saber en primer lugar el respeto y veneracion que le tenian, y en segundo lugar sus costumbres, entre las que se tiene por gran manifestacion de afecto aceptar la comida ó bebida ofrecida. El Ilmo. Sr. Obispo de Tonkin ofició de pontifical el último día de la novena y el M. R. P. Fr. Juan Marin, religioso tambien dominico, predicó lleno de fervor y entusiasmo, manifestando una vez mas el grande amor que profesa á la Seráfica orden.

Adornan el interior de la Iglesia tres bonitas arañas de níquel, cada una de las cuales ha costado ciento setenta pesos, y en la puerta principal se ven dos bien talladas pilas de mármol blanco, valor de trescientos pesos las dos; todo lo cual se debe á la generosidad de los bienhechores.

A fin de no ofender la modestia del celoso y activo P. Fr. Ramon Cairedas, comisario actual de la V. O. T., omitimos el referir cuánto ha trabajado y cuántas dificultades ha tenido que superar para llevar á cabo la obra, que el P. Flores por haber sido nombrado Ministro Provincial le entregó á poco de haber comenzado las obras.

Durante el triduo recibieron el santo hábito de penitencia quinientos indios y profesaron cuatrocientos ochenta. Actualmente el número de indios terceros asciende á la suma de diez y nueve mil en todo Filipinas. Los indios son sumamente devotos de N. P. san Francisco, cuya devocion tiene su principal origen cuando en la invasion de los chinos se apareció el Santo defendiendo esta ciudad de Manila; á cuyo favor agradecida la ciudad hizo voto de solemnizar su fiesta, como se viene haciendo todos los años, oficiando los señores Canónigos en nuestra Iglesia y asistiendo el Excelentísimo Ayuntamiento. La imagen que segun tradicion se apareció en la muralla es custodiada con suma veneracion en el interior del convento de monjas Clarisas, que son las únicas monjas que hay en Filipinas, por convenio del Ilmo. Cabildo Catedral y de nuestra apostólica Provincia de San Gregorio que se disputaban la propiedad. El día de la fiesta de N. S. Patriarca se inunda la ciudad de indios que concurren de los inmediatos pueblos á ver la venerable imagen.

A estas excesivas concurrencias favorece la hospitalidad del indio; pues una de sus principales virtudes es ser hospitalario. Nunca despierta el indio á quien se acerca á su casa á la hora de comer; antes por el contrario obliga á que se siente á su mesa. Así es como se explica el que á una fiesta religiosa se reúnan muchos miles de personas de puntos lejanos. Se calcula que en el referido triduo se reunirían unos tres mil indios terceros de los pueblos inmediatos.

Aunque los indios terceros no pueden estar vigilados por los Padres Comisarios, como era de desear, á causa de la escasez de sacerdotes y otras circunstancias especiales del país, no obstante son los indios que se muestran mas devotos y exactos en el cumplimiento de las obligaciones de cristiano.

NUEVA-BRETAÑA.

NOTICIAS RETROSPECTIVAS DEL VICARIATO APOSTÓLICO
DE ATHABASKA Y MACKENCIA.

ESTE vicariato se extiende hasta el Océano Ártico, y su parte septentrional está habitada por numerosas tribus de la gran familia de los *esquimales*. Sabido es que este pueblo está despar-

ramado por todo el litoral.

«En América, dice el ilustrísimo Sr. Taché, los *esquimales* rodean el mar polar; hállanse en todos los estrechos, en un número considerable de islas y en tierra firme desde el Groenland hasta el estrecho de Behering.

La palabra *esquimal* tiene un origen *cris*, *ayaskimé*, plural *ayaskemewok*, porque es el nombre dado á este pueblo por los *cris*. La etimología y significación de esta palabra se hallan en las dos raíces *Aski* (carne ó pescado crudo) y *Mowéw* (él come).

Los *esquimales* de todas las tribus se llaman á sí mismos *innoit*, es decir, *hombres*.

El P. Petitot califica á este pueblo de inquieto, quisquilloso y ladrón. El número de los *esquimales*, comprendidos entre Churchill y la embocadura del río Mackencia, no asciende á más de cuatro ó cinco mil.

Sus ocupaciones, según leemos en una carta del Padre Petitot se reducen á la caza, la pesca y los continuos viajes al fuerte Peel para el tráfico. Cuando los blancos han abandonado las bocas del Mackencia y del Peel,

los *innoit* dejan sus lugares para dirigirse á dicho fuerte, en donde cambian sus pieles, aceites y correas de cuero de marsuín, por el tabaco, hierros y objetos de vidrio. Sus negocios con la compañía de Hudson datan de 1849.

«Creo que los *innoit*, dice el P. Petitot, adoran el sol á semejanza de algunos pueblos del Asia, del Perú y de la Luisiana; y me fundo, para creer esto, en que nuestros *esquimales* tragan el humo del tabaco, después

de lanzar la primera bocanada hácia el astro del día, costumbre que estaba también en uso entre los *natchez*; y además sus muertos tienen todos la cabeza vuelta al Oeste, mirando al sol cuando se levanta. En fin, un anciano jefe decíame hace poco mostrándome aquel astro en plenodia: «Ese es bueno también, bien, es nuestro padre, ¿verdad? pues nos calienta y fortalece el corazón.»

«Estos desdichados imaginan ver á cada paso genios malhechores; basta que alguno los roce la cara para que prorumpen al punto en desaforados gritos, y no cesan de perseguir al pobre insecto hasta que le han muerto. Al ver su espanto, diríase que atribuyen á estos animalillos una extraordinaria malignidad. Están del todo entregados al culto de los fetiquios; pero toda su confianza la tienen principalmente en *torrnark* (el diablo), y á él se dirigen en sus conjuros y operaciones de magia.

Se han hecho varias tentativas en estos últimos años para llevar á los *esquimales* del vicariato de Athabaska y Mackencia los beneficios del Evangelio. El resultado



ESTADOS-UNIDOS.—Antigua Mision española de San José, en Tejas. (Pág. 143).

en apariencia infructuoso de estas expediciones apostólicas no ha desanimado á los misioneros, que volverán á emprenderlas y continuarlas con la invencible perseverancia que se origina del deseo de conquistar almas para Dios. A continuación damos algunos detalles de lo que se ha hecho para el objeto.

I.—El día 24 de febrero de 1866, el P. Petitot escribía lo siguiente: «Voy á partir para el fuerte Anderson ó de los esquimales. El empleado encargado de este fuerte habia asegurado positivamente que ningun misionero pondria los piés en él, y en efecto, era muy difícil hacerlo, porque se hallaba muy distante de toda vía fácil de comunicacion.»

En 15 de noviembre de 1865 el Ilmo. Sr. Faraud daba á conocer en estos términos el resultado de la primera visita del misionero al fuerte Anderson: «El P. Petitot ha visitado este sitio el invierno pasado, sin más resultado que muchas fatigas y algunas esperanzas sobre las disposiciones de los salvajes. Creemos con fundamento que estas tribus no se harán mucho tiempo sordas á la voz de Dios; pero la dificultad está en llegar á las regiones que habitan. El fuerte Anderson va á ser abandonado, y esto hará más difícil poder llegar hasta ellas.»

II.—Hacia el otoño de este mismo año de 1865, por disposicion del Ilmo. Sr. Faraud, el P. Petitot emprendió un segundo viaje al fuerte Anderson, á donde llegó el 2 de noviembre, y el 18 escribía al superior general:

«El sarampion se me ha adelantado en Anderson; á mi llegada he encontrado el fuerte desierto, y en sus alrededores he visto plantadas muchas cruces. El sarampion, mal inofensivo para los blancos, es mortal para los salvajes, porque estos infelices, desde que aparece la erupcion de los granos, desatienden nuestros consejos; y despojándose de sus vestidos, se exponen al aire frio, y se revuelcan desnudos por la nieve. Ochocientos indios han pagado su tributo á la muerte en menos de seis semanas, en una poblacion de 5 á 6,000 almas, de que se compone el distrito del rio de Mackencia.

«Lejos de desalentarme por el mal resultado de mi expedicion entre los *esquimales*, esperaba seguirlos esta vez en las playas del Océano Ártico, y residir dos ó tres meses entre ellos para aprender suficientemente su lengua con objeto de poder enseñarles cuanto antes las nociones más precisas de la Religion. Seis hombres de esta nacion, que se hallaban en Anderson á mi llegada, se allaban atacados del sarampion. Kranaktak, su jefe, murió casi repentinamente por efecto del frio, y los otros cinco tomaron al punto el camino de la costa sin aguardar su convalecencia. Tuve el desconsuelo de verlos partir sin poder seguirlos, porque esta muerte inesperada los habia irritado contra los blancos, á quienes, en su dolor, atribuian todos estos males.

«No obstante, ví compensado el sentimiento que esto me causaba con el consuelo de ver bautizado á Kranaktak, y llevar al cielo las primicias de la nacion esquimal. Este pobre salvaje me habia prometido, si le curaba, dos magníficas raposas negras (valor de 1,920 pesetas). Le dí las gracias, sin aceptar su regalo, prometiéndole un donativo mucho más precioso, la salvacion eterna, si queria oír mi palabra. ¡Pobre Kranaktak! no presumia entonces que, dentro pocas horas, volaria á las moradas eternas!»

No pudiendo ser de ninguna utilidad á los *innoit*, el P. Petitot dejó Anderson el 6 de noviembre, y fué á visitar las tribus de *lucheux*, diezmadadas tambien por el sarampion, y que se hallaban bien dispuestas para recibir el Evangelio. Permaneció allí nueve dias, administró cuarenta bautismos, bendijo seis matrimonios, y despues volvió á Anderson, con la esperanza de ver llegar algunos *esquimales*; pero ninguno pareció. El 20 de noviembre, el misionero se marchó definitivamente para ir en busca de otras tribus de *lucheux*.

III.—El abandono del fuerte por la Compañía de la bahía de Hudson detuvo momentáneamente las tentativas de evangelizacion entre los *esquimales* del rio Anderson (los *tchizareni*). En el verano de 1867, el P. Seguin hizo un viaje entre los *esquimales* de la embocadura de Mackencia (los *kravani*). Por la siguiente carta, escrita el 3 de agosto al Ilmo. Sr. Faraud, se verá la estrecha acogida que recibió el misionero y lo mucho que sintieron su partida:

«Despues de una navegacion feliz llegué á la Mision del Santo Nombre de María (Peel's-river). Los *lucheux* me aguardaban hacia algunos dias en el pequeño rio Rojo. No hice más que estrecharles la mano, y partí al mismo dia con los que iban al fuerte. Como tenia intencion de llegar hasta los *esquimales*, dejé mi capilla, y no llevé conmigo sino lo indispensable. Asegurábase que los *esquimales* nos atacarian á la entrada de Peel's river, haciéndonos pagar cara la muerte de sus hermanos en el fuerte Anderson. Nuestra flotilla se componia de treinta y dos embarcaciones, y contábamos con unos cuarenta guerreros resueltos á vender caras sus vidas. Pero cuando llegamos al terrible rio solamente encontramos una choza habitada. Casi todos los *esquimales* se hallaban en el fuerte hacia ya muchos dias. Pasamos adelante sin inconvenientes, y llegamos al fuerte el domingo por la mañana. Aquí encontré reunidos un número considerable de *lucheux* y *esquimales*. Viendo que estos últimos estaban bien dispuestos, mandé preguntar al jefe si le parecia bien que fuese á residir entre ellos. Respondióme: *Matchi, matchi* (gracias), y despues me hizo un largo discurso para manifestarme la satisfaccion que tendria de ello. Hallando á mi hombre tan bien dispuesto, impúsele las siguientes condiciones: 1.ª que no me robarian nada; 2.ª que me alimentarian gratuitamente con mis dos hombres; 3.ª que no me darian provisiones para volverme.

«—Todo cuanto tienen los *esquimales* te pertenece, respondió; todos se hallan dispuestos á servirte, y puedes obrar como bien te pareciere. Estoy decidido á permanecer aquí aún dos dias; partiremos juntos, y todo irá bien.»

«Al día siguiente, mi viejecito partió sin advertirme. Dudaba de su buena fe, pero pronto me desengañé; pues ví comparecer al escudero de *Levikane* (así se llama el jefe), que me anunció estaba á mis órdenes por encargo de aquel. Este guardia de honor se llamaba *Nakoyok*, «el bueno.» Confiándome, pues, á su bondad, me puse en camino, teniendo por escolta cinco hombres y ocho mujeres, que conducian ocho piraguas. Al caer la noche, se me invitó á hacer alto á orillas de Peel's-river. Como me habian dicho que *Levikane* me esperaba en la confluente del rio, quise ir hasta allí, pero á nadie encontré. Hicimos alto para pasar la noche, y aguardamos al día siguiente á nuestros compañeros de

marcha. Como en la primera jornada los *esquimales* me habian exigido todo cuanto veian en mi canoa, tuve la prudente precaucion de ocultarlo todo antes de su llegada.

«Partimos temprano, y despues de una marcha forzada que duró dos dias y una noche, llegamos enfrente del campamento de los *esquimales* que no habian venido al fuerte. Nakoyok me aconsejó que pusiese todo mi bagaje en su piragua, para preservarle de un saqueo inevitable; pero yo creí, acaso sin razon, su consejo algo interesado, de modo que no me dí prisa en seguir su invitacion. No obstante, íbamos acercándonos y no cesaba de decirme: *Keté, Keté* (pronto, pronto). Ya los *esquimales* llegaban á mi canoa con grande algazara, teniendo sus enormes cuchillos colgados en la cintura como para degollarnos, y con el agua hasta los sobacos. Se colocan al rededor nuestro, cargan con sus hombros mi canoa, y tratan de llevarla á la orilla. Nakoyok grita, jura, se esfuerza en disuadirles de sus intentos, mientras que su mujer y sus hijos cogen mi bagaje y lo esconden en su piragua. Sentado tranquilamente en mi canoa, contemplaba esta escena burlesca, tratando de adivinar en aquellas caras más ó menos feroces lo que pretendian hacer de mi persona. Me levanté, por fin, y les grité: *¡Anakrana!* (deteneos, deteneos), y al punto gritaron todos á la vez: *¡Anakrana, Anakrana!* Saqué al instante un rollo de tabaco, y lo repartí entre ellos, mientras mis compañeros desocupaban el resto de mi bagaje en la canoa. Concluida esta operacion, entré con mis hombres en la piragua del guardia, y les dejé en poder suyo mi canoa vacía, que condujeron á la orilla. Luego desembarqué, y al punto tuvo lugar el apretón de manos, como entre antiguos amigos.

«Mientras se me preparaba alojamiento, hicieron círculo en rededor mio, y cada uno vino á tocarme para ver, como supongo, si era yo un ente mortal como ellos. Hombres y mujeres, todos se golpeaban los muslos de asombro. Despues de haber permanecido algunos instantes en pié, uno de ellos fué á buscar un grueso madero para que me sentase; otro trajo dos pieles de caribou que colocó una sobre el madero, y otra á mis piés. Verificada esta operacion, pusiéronse á fumar en su pipa. Mi cruz atrajo vivamente su atencion, pues ignoraban lo que era. Nakoyok se encargó de decírselo, aunque no estaba mucho más enterado que los otros. La tomó en sus manos, la hizo una larga oracion, y despues dirigióles un sermonecito. No sé lo que pudo decir; pero lo cierto es, que apenas concluyó su peroracion, los enfermos se me acercaron, y tomaron mi cruz cada uno á su vez, haciéndola tambien una larga súplica, supongo que para pedir las curaciones de sus dolencias.

«Levikane y su séquito no llegaron hasta despues de cuatro dias. Constaba de veinte y una chozas, cada una de las cuales podia contener de doce á quince personas. Si hubiese poseido el don de lenguas, ¡con qué gozo les habria anunciado la buena nueva! Todos los dias me llevaban pescado fresco; y cuando estaba próximo á partir, me dieron igualmente un fardo lleno de pescado seco para nuestras provisiones de viaje, y todo sin pedirme retribucion alguna.

«Durante todo el tiempo que he permanecido con los *esquimales*, no me han tomado ni un alfiler. Para probarles mejor, hasta les he negado las más pequeñas bagatelas; me bastaba decir no, y al momento sin réplica alguna me devolvian lo que me habian quitado. Ha-

biendo algunos muchachos arrancado dos ó tres clavos de mi canoa, sus padres me los trajeron dándome mil excusas.

«Para hacer esta Mision con alguna esperanza de éxito, seria menester construir una casita en el lugar de su pesca de ballena en donde permanecen mes y medio. En el invierno es casi imposible evangelizarlos, porque se subdividen en una porcion de pequeñas partidas. Por lo demás, no me parece difícil vivir con ellos.»

IV.—Las rivalidades que tienen separados á los *esquimales* y á los *lucheux* estimularon al Ilmo. Sr. Farraud á no confiar á un mismo misionero la evangelizacion de aquellas dos tribus. En consecuencia, el Padre Seguin tomó á su cargo á los *lucheux*, mientras que el P. Petitot se encargó de los *esquimales* del rio Mackencia y del Anderson.

El 9 de junio de 1868, salió este último del fuerte Good-Hope para dirigirse al de Peel's-river, ó fuerte MacPherson. El 24 del mismo mes, dicho misionero exponia en estos términos sus esperanzas ó más bien sus temores en cuanto al éxito de su apostolado:

«Por lo que he oido y observado en las dos semanas que vivo con los *esquimales*, dudo que los pobres *innoit* quieran recibir, al menos por ahora, la luz que les traemos desde tan lejos.

«No saben cuál es mi mision entre ellos; no nos hemos tratado aún lo suficiente, y tienen en los protestantes muy malos vecinos para que puedan tener una idea cabal de quiénes somos y de lo que pretendemos. Persuádense unos que mi viaje no tiene más objeto que el de comer ballena y marsuín; otros piensan que voy á su país para cazar focas; y los mejor intencionados creen simplemente que he venido para darles tabaco. Tómanme además por un brujo, cosa que no me extraña; pues los *Costillas-de-perro*, infinitamente más civilizados que los *esquimales*, y aun muchos de nuestros cristianos, tienen la preocupacion de que nuestro poder oculto llega hasta el extremo de causar la muerte desde cierta distancia y por medio de ciertas palabras misteriosas. No hay sino que esta falsa idea que de mi persona tienen formada me expone á que, entre los *innoit*, sienta caer algun día sobre mi el terrible *tsavi*, arma que estos salvajes manejan con increíble destreza.

«La evangelizacion de los *innoit* presenta muchas dificultades, siendo las principales las siguientes:

«1.^a La grande influencia de los juglares. En caso de muerte, designan la persona que la ha causado, y la entregan á la venganza de los parientes del difunto. Se atribuyen el poder de causar la muerte á sus enemigos, á cierta distancia, por medio de maleficios.

«2.^a La poca confianza que nos manifiestan, y la aversion que tienen á todo lo que no es de su raza, especialmente á los *Pieles-Rojas*; y como hablo la lengua de los montañeses, y me ven siempre acompañado de dos salvajes de esta nacion que están á mi servicio, no pueden mirarlo con buenos ojos.

«3.^a El extremo desarreglo de sus costumbres. Con dificultad se hallaria un pueblo más cínico y más desvergonzado. En esto son diametralmente opuestos á nuestros *Pieles-Rojas*, cuyas costumbres son relativamente castas.

«Estas causas obstan mucho para la conversion al Cristianismo de estos pobres salvajes. Hasta ahora no he podido bautizar ni uno. Por otra parte, antes de

convertir y de bautizar, es menester instruir, y antes de instruir, es necesario poder comprender y hacerse comprender. Como no tenemos aquí intérprete esquimal, es preciso que lo haga todo por mí mismo, y que sorprenda los arcanos de la lengua *innook* y su carácter. Con este objeto me he embarcado en su compañía á pesar del peligro en que ponía mi vida.»

Más de una vez, en efecto, el misionero ha estado á punto de perecer, á consecuencia de las sospechas de que era objeto por parte de los *esquimales*. Las enfermedades vinieron también á aumentar las dificultades de la situación, y preciso fué dejarla abandonada.

«Partí, pues, continúa el P. Petitot, con el corazón afligido por lo poco que he podido hacer en favor de este pueblo, reduciéndose todo á infundirles algunos conocimientos tocante á la existencia de Dios, la santísima Trinidad, la Encarnación, la Redención, la inmortalidad del alma, la vida futura y la eternidad de las penas. Por otra parte no ha sido del todo infructuoso mi viaje; pues he aprendido á conocer quiénes eran los buenos y quiénes los malos; heme enterado de sus costumbres y carácter, y sobre todo he podido estudiar un poco su idioma, del cual poseo ya dos mil palabras y más de trescientos verbos...»

V.—En el mes de junio del año siguiente, el mismo misionero hizo una nueva tentativa para evangelizar á los *esquimales*. Hé aquí lo que escribía el 8 de agosto de 1869:

«El 12 de junio por la mañana, llegué al fuerte Peel, y á pesar de la prisa que me dí, no pude llegar á tiempo para ver á los *esquimales*, que se habían dirigido al fuerte antes del tiempo acostumbrado, y habían partido mucho antes. No encontré más que dos familias, con las cuales partí para reunirme con un anciano que había encontrado en el río, y que habiéndome ofrecido sus servicios, me aguardaba para el día siguiente. El *esquimal* con quien había salido del fuerte, llamado Kreyuktok, hombre muy dócil, hizo cuanto pudo para que me quedase con él; mas no pudiendo faltar á la palabra empeñada con el otro, no pude aceptar sus ofrecimientos. De ahí resultó que Kreyuktok, creyéndose desdichado, trocó en odio su buena voluntad para conmigo. Con el anciano que me había prometido hospitalidad y protección encontré á Kraroyalok, un *esquimal* á quien había mantenido durante un mes en Good-Hope. También éste se consideró desairado viendo que no le había tomado á él por mi protector; túvome enojo, y me robó durante la primera noche que pasé con ellos. Sin embargo, les ponía á todos buena cara y compartía indistintamente mis comidas con uno y otro; pero estas gentes, envidiosas y suspicaces, tomaban por una injuria lo que no era de mi parte sino efecto de la necesidad, pues no podía ser huésped de todos. Kraroyalok hizo más: se negó absolutamente á comer nada de lo que le ofrecía yo, pretextando que «mi olla era mala.» Es de advertir que la aceptación igualmente que el ofrecimiento de un plato entre estos pueblos es una prenda de amistad, mientras que al contrario, el negarse á comer con un huésped, es declarársele contrario, ó al menos mostrar claramente que se desconfía de él. Tal era el caso en que me hallaba á la sazón.

«¡Pobres *esquimales*! maravilla es que no nos tengan á todos por unos malhechores y miserables, según las lecciones que reciben de los protestantes de Peel's-river.

Estos pobres hermanos nuestros descarriados dicen á los *esquima'es* y á los demás salvajes, increíble parece, que los misioneros católicos no somos sino unos envenenadores, brujos, hipócritas; ni manifestamos tanto celo por visitar á los *esquimales* sino á fin de exterminarlos con nuestros sortilegios, como lo hemos hecho ya con los *Pieles-Rojas*, etc., etc. Estas calumnias no encuentran eco entre los *lucheux* y los otros *Pieles-Rojas* de la familia *Dené*, sino entre los libertinos: los hombres sensatos y de buena fe los toman por lo que valen, considerándolas como el postrer esfuerzo de los predicantes irritados de su derrota; mas los *esquimales*, de un carácter más irascible y suspicaz que los *Pieles-Rojas Dené*, son más fáciles en creerlo; y como entre ellos una simple sospecha basta para tomar al momento las flechas y el *tsavi*, síguese de ahí que mi posición está bastante insegura...

«Todo marchó bien hasta que nos hallamos lejos del territorio de los *lucheux*; entonces los *esquimales* se quitaron la máscara. Si rezaba en mi Breviario, si tomaba un diseño del paisaje, si tarareaba alguna canción, y hasta si me separaba del camino por un instante, lo tomaban como otros tantos sortilegios que echaba sobre ellos y su país. Todos se negaron á probar mis víveres; su rostro tomó un aire ceñudo y amenazador; sus manos empuñaron el *tsavi*; las palabras malhechor, hipócrita, miserable, asesino, etc., estaban siempre en sus labios. Sabiendo por mi huésped que me hallaba sin armas tramaron una conspiración contra nosotros. Yo lo comprendía todo, pero disimulaba, manteniéndome en guardia.

«—Embárcate en mi umiak, me dijo mi huésped, y acuéstate.

«—Tengo una piragua, le respondí, y además no tengo sueño.

«—Es que vamos á bogar toda la noche.

«—Bogaremos.

«—No iremos á la costa para comer.

«—Lo haré en mi canoa.

«—Mira que hace agua.

«—Te equivocas; está recompuesta de nuevo.»

«Y vuelto á los demás les dijo: «Es en vano; nada podremos intentar.»

«Tal es la cobardía de los indios, que, aunque se hallen veinte contra uno, nunca atacan de frente, ni obran sino á ocultas y sin que lo sepa su enemigo.

«Su plan era el de alejarme de mis dos jóvenes *Pieles-de-Liebre*. Estos habían presenciado toda la escena, y aunque no comprendían ni una palabra de esquimal, vieron claramente que el asunto tomaba un aspecto alarmante. Cuando me volví hacia ellos para darles orden de embarcarse, ya no les hallé, pues habían huido á los sauces. Excítome la risa su terror pánico, y me puse á llamar á mis dos miedosos compañeros, aunque inútilmente, pues tuve que ir á buscarles en el bosque.

«A mi vuelta no encontré más que dos *esquimales*, mi huésped y Kraroyalok, y me dirigí á ellos con las manos en los bolsillos. Ignoro lo que pasó en su imaginación; lo cierto es que se levantaron azorados á mi vista, retratándose el terror en sus semblantes. Hicieron como que buscaban un arma: uno de ellos sacó un cuchillo, y el otro tomó un garrote. Ignorando lo que les pasaba, me adelanté sonriendo.

«—¿Qué hacen tus compañeros? me preguntaron.

«—Lo ignoro; pero vedles... ahí vienen.

«—Sí, sí,» replicaron presurosos.

«En seguida entraron en su krayak, y comenzando á remar con todas sus fuerzas, en un abrir y cerrar de ojos desaparecieron de nuestra vista, no sin dejarme atónito con tan precipitada fuga.

«¿Qué vieron de tan terrible en mi fisonomía? Lo ignoro, pero pienso si tal vez estas pobres gentes creyeron que mis dos subordinados habian ido á buscar revolver al bosque, y que si me volvía hácia ellos tan resuelto, era porque tenia tan terribles armas en mis bolsillos en los que habia metido mis manos. No he podido explicarme de otro modo semejante terror. Sea lo que quiera, no pude menos de admirar la proteccion que la divina Providencia dispensa á los que se exponen por ella, y la dí gracias con todo mi corazón.

«Resolví luego juntarme con los *esquimales* y no separarme más de ellos. Pero no pude vencer los temores de mis dos *Pieles-de-Liebre*, quienes habian tomado ya su partido, que era el de huir. Habiéndose presentado un pequeño río, afluente del Mackencia, lanzaron en él su piragua, cogieron cada uno un trozo de carne seca, y entraron en el bosque diciéndome que les siguiese.

«Todos mis gritos y observaciones fueron inútiles; y no tuve más recurso, para no verme abandonado en esta lejana é inhospitalaria playa, que seguirles, dejando mi canoa á merced de los *innoit*. Grandes padecimientos nos aguardaban en estas selvas, en esta tierra desconocida. Caminamos tres días y dos noches por un terreno sumamente cenagoso, mojados hasta los huesos por las lluvias, cubiertos de lodo, con los vestidos he-



ESTADOS-UNIDOS.—Orillas del Medina. (Pág. 144).

chos girones por las malezas, obligados á dormir á la intemperie, á merced de nubes de mosquitos que nos causaban indecible tormento, atravesando una multitud de rios en frágiles balsas que construíamos y abandonábamos luego despues; veinte y cinco veces tuvimos que encaramarnos por los más elevados árboles con objeto de orientarnos; hasta que por fin, despues de muchas noches de insomnio y muchos días de fatigas y sufrimientos, llegamos á la embocadura de Tsikkatchig, en país *lucheux*. Aquí encontré al P. Seguin, ocupado en construir un oratorio para los *lucheux*. Dimos voces á una canoa, y pudimos pasar á la orilla izquierda del río, en donde el buen Padre nos recibió rodeado de sus salvajes, admirados todos por el lamentable aspecto que ofrecíamos, resultado de nuestro desgraciado viaje.

«He decidido, para en adelante, no evangelizar á estos salvajes más que en el fuerte Peel hasta que nos conozcan lo bastante, y hayan depuesto el miedo que les inspiramos. Por otra parte, se va á inaugurar una nueva era para estas remotas regiones; pues, segun tengo entendido, la Compañía de la bahía de Hudson, estimulada por las empresas aventureras de los yankées, va á construir una factoría no lejos del Océano Glacial, en el brazo izquierdo de la embocadura del Mackencia. Cuando llegue este caso nos apresuraremos á establecer una Mision y construir una iglesia no lejos del fuerte. Mas al mismo tiempo que la civilizacion penetrará en nuestras frias regiones, ¡cuántos desórdenes van á introducirse tambien! Rogad á Dios á fin que nuestra palabra no sea estéril, y para que, del mismo modo que ha

convertido y cambiado á los *dené*, cambie y mantenga luego en el deber á los más desgraciados de todos los pueblos bajo el punto de vista religioso; á estos moradores del polo ártico.»

LA OBRA DE LA PROPAGACION DE LA FE.

I.



VAMOS á dedicar algunos articulitos á la predicacion (digámoslo así) desde nuestro modesto púlpito popular de una Obra que si como es ella importantísima logramos nosotros presentarla á nuestros amigos del modo eficaz que merece, habrémos hecho, á no dudarlo, ellos y nosotros el más fecundo trabajo para la gloria de Dios.

Nos referimos á la que se titula *Obra de la propagacion de la fe*, recomendada hace cuatro años á los católicos de todo el mundo con especial Encíclica por nuestro santo Padre Leon XIII, y desde entonces anunciada y recomendada á su vez por muchos venerables Prelados de diversas diócesis, y á pesar de esto no todo lo conocida que pudiera y debiera ser en nuestra patria.

La *Obra de la propagacion de la fe* es, en su actual forma y organizacion, moderna, pues no pasa de sesenta años la fecha de su primera instalacion en Lyon, Francia. En dicha ciudad y en el año de 1882 principiaron algunos fieles á asociarse y á juntar oraciones y limosnas para ayudar á la gran Obra de las Misiones católicas. Es éste otro de los puntos en que muy providencialmente la accion oficiosa de los fieles ha venido á suplir la accion oficial, hoy dia casi nula, de los Estados cristianos. Fué en efecto gran loa de nuestros antiguos Gobiernos procurar por todos los medios la dilatacion del reino de Cristo y el progresivo y nunca interrumpido ensanche de sus gloriosas fronteras. Así, se les veia solícitos en enviar Misiones á las playas más lejanas, y en protegerlas en ellas con todo el poder de su erario y de su diplomacia.

Sabian aquellos religiosos gobernantes que en nada se puede mejor emplear el prestigio moral y aun material de los imperios, que en allegar cada dia nuevos vasallos al Rey de los reyes y nuevos ciudadanos á la eterna Ciudad de Dios. En este concepto (sin pretender rebajar el mérito de otras naciones) fué muy singular nuestra España, que tuvo á su cargo la evangelizacion de un Nuevo Mundo, y en este sentido y por muchos otros pudo muy bien llamarse la nacion-apóstol, la nacion misionera.

Hoy han abdicado estos gloriosos blasones los modernos Estados, y nuestra España, aún cuando conserva algun vago recuerdo de esto, no es sin embargo sombra de lo que un dia fué. En esto como en todo ha de tomar, pues, por su cuenta el simple fiel lo que era antes prerogativa de sus representantes, y como sostiene culto y beneficencia y enseñanza con su óbolo particular y con su trabajo individual y privado, de la misma manera ha de contribuir á la obra de extender el Evangelio y darlo á conocer á las naciones infieles por medio de las Misiones.

Apenas iniciada, como hemos dicho, en Lyon esta Obra importantísima, obtuvo inmediatamente las bendiciones del Papa y la simpatía de todos los corazones generosos. Pio VII, Leon XII, Pio VIII, Gregorio XVI, Pio IX y últimamente Leon XIII la enriquecieron

con toda suerte de privilegios é indulgencias. No puede ser más sencilla su organizacion ni más susceptible de aplicarse á todos los países y á toda condicion de personas.

Para ser socio de esta Obra, dos cosas únicamente son necesarias:

1.^a Aplicar á esta intencion, y una vez para siempre, el *Padre nuestro* y *Ave Maria* de la oracion de la mañana ó de la noche, con la jaculatoria siguiente: *San Francisco Javier, ruega por nosotros.*

2.^a Dar semanalmente para las Misiones la limosna de 5 céntimos ó sea 2 pesetas 60 céntimos al año.

Se puede pertenecer á esta Obra de dos modos; ó como simple Asociado, ó como Colector. El simple asociado es el que entrega para las Misiones 5 céntimos semanales, ó sean dos pesetas, sesenta céntimos al año. Los Colectores de esta obra, son los que recaudan anualmente 2 pesetas 60 céntimos de nueve asociados, que con la suya propia de igual valor, componen un total de 26 pesetas. Los Colectores entregan las 26 pesetas recaudadas al Párroco ó Señora de la Parroquia que se preste á recibir estas limosnas. El Párroco ó la Señora á su vez las remiten al Corresponsal del Arciprestazgo respectivo, quien la entrega á la Tesorera de la Junta diocesana. La Tesorera de la Junta diocesana la entrega á la Tesorera de la Junta Central de España, y ésta, por conducto del señor Nuncio de Su Santidad, la remite al Emo. Cardenal Prefecto de *Propaganda fide* de Roma.

II.

Nos faltan palabras para encarecer la excelencia de este apostolado; con que desde el fondo de sus casas pueden hacerse como misioneros y misioneras del Evangelio cuantos cristianos y cristianas toman parte en él. Bastaria la idea que acabamos de indicar, para su más completo panegírico.

¿Qué cristiano, en efecto, no sabe que entre todos los bienes del hombre, naturales y sobrenaturales, es el de la fe el más precioso? Toda la presente y futura y eterna felicidad suya estriba sobre este fundamento. «Esta es la vida eterna, ha dicho el Evangelio, conocerte á Tí, Dios verdadero, y á tu enviado Jesucristo.» Iluminar, pues, á una alma con esta lumbre superior, es proporcionarle mayor bien que si se la dotase de todos los tesoros de sabiduría con que han sido famosos todos los sabios del mundo. Mayor riqueza se le da con ella, que si se pusiesen á su disposicion los erarios de los príncipes más opulentos. Mayores derechos se le confieren, que si se la hiciese dueña de cuanto han conquistado Césares y Alejandro. Á todo esto excede y sobrepuja con infinita y por lo mismo incomparable ventaja, al conocer al verdadero Dios, saber el verdadero modo de servirle, y hallarse en el verdadero camino de eternamente poseerle. Ni cabe riqueza más preciosa, ni derecho real más noble, ni hay ciencia y filosofía más encumbradas.

Juzgue, pues, que de todos estos dones se hace conducto y dispensador para sus hermanos privados de ellos el digno y celoso asociado á la *Obra de la propagacion de la fe*. Hay en lejanas regiones, no alumbradas todavía por el Catolicismo, almas á quienes falta el rayo benéfico de esta luz sobrenatural. Para ellas en cierto modo no ha amanecido todavía la feliz aurora de la nueva ley. Envuélveles aún en sus densas lobregeces

la noche de la gentilidad. ¿Qué tarea más simpática puede haber para un corazón cristianamente generoso que la de proporcionar á esos infelices hermanos suyos la claridad del alma que han menester? Si se dijese que hay allá, mares adentro, una isla desdichadísima, cuyos habitantes nacen todos ciegos, y que puedan cobrar la vista con sólo que vayan algunos de acá á abrirles los ojos, ¿quién se negaría á contribuir en algo para que les fuese enviado el remedio á su desventura? Gran obra sería ir personalmente allá; pero lo sería también facilitar recursos y ayudas de ésta para que otros fuesen, y de cualquier modo que se cooperase á la empresa se tendría por acto de gran caridad y merecedor de toda alabanza.

No creamos como los que tiene cegados aquí el naturalismo, que es peor la oscuridad y noche de los ojos del cuerpo que la de los ojos del alma. Al revés, mil veces más valiera nunca haber visto el sol de la creación material, que haber desconocido á esotro Sol de las almas, nuestro Señor Jesucristo. Cuanto excede, pues, Éste á aquel, cuanto aventaja á la obra el inmortal Autor de ella, tanto es mayor y más heroica caridad la que se ejercita en disipar la noche de las almas que la que se ocupase en librar de su ceguera los ojos corporales.

III.

Por todo extremo sencillísimos y al alcance del más insignificante de entre los fieles son los medios de que se vale para su gloriosísimo objeto la *Obra de la propagación de la fe*. Tan sencillos y en apariencia tan mezquinos, que bien se pudiera decir aquí que se trata al parecer de construir grandioso y solidísimo edificio con menudos granos de arena por única sillería. Esto es absurdo, humanamente hablando; pero ¿no sabemos por ventura que en el orden religioso es frecuentemente lo humanamente absurdo la ley común y ordinaria de las maravillas de Dios?

Sucede en efecto así en el caso presente. Vasta y colosal empresa es la conversión de todas las regiones infieles, heréticas y cismáticas á la fe verdadera de Jesucristo y á la comunión de su única santa católica y apostólica Iglesia, que es la de Roma. Y sin embargo, granos de arena son los que aquí se allegan, pues no de otra manera pueden calificarse el *Padre nuestro* y *Ave Maria* con la jaculatoria *San Francisco Javier, ruega por nosotros*, que se impone por único rezo diario á cada asociado; y la limosna de cinco céntimos por semana que se le exige por única contribución. ¡Y con esto solo se pretende conquistar provincias y reinos, y no sólo se pretende, sí que en efecto se logra!

Mas corriamos lo dicho, pues en realidad no hemos hablado exactamente. Hemos mencionado estos medios como si ellos fuesen solos; pero nos hemos callado, en primer lugar, que estos medios, aunque individualmente pequeños, multiplicados por el número inmenso de asociados representan sumas, así de oraciones como de limosnas, cuantiosísimas. Y en segundo lugar, que á estos medios humanamente pequeños se agrega (en cuanto los pone cada asociado con recto fin) un factor de incalculable potencia, que es nada menos que la misma virtud y fuerza de Dios. Con lo cual claramente se ve que lo maravilloso es aquí únicamente externo y de apariencia: lo natural y lógico y necesario es que tales recursos, como se debe organizados y dirigidos,

tengan realmente un resultado de primera magnitud.

Vuelvan á fijar nuestros amigos la atención en la breve fórmula de medios que constituye el nervio de la referida Asociación. ¡Un *Padre nuestro*, una *Ave Maria* y una jaculatoria de seis palabras, todo eso como único rezo diario por las intenciones de la Obra!

¡Cinco céntimos de peseta por única contribución semanal! ¡Los asociados reunidos en grupos de nueve, con un Colector que completa la decena y cuida de recoger cada año con su cuota las de sus nueve hermanos! ¡Los Collectores entregando cada año esta su humilde cuantificación al párroco ó Cuestor parroquial, y éstos á su vez al Diocesano y á su vez los Diocesanos por conducto del señor Nuncio al Cardenal Prefecto de la Propaganda en Roma! ¿Se quiere mayor simplicidad de mecanismo y mayor facilidad de operaciones?

Todo esto y nada más es la *Obra de la propagación de la fe*.

F. S. y S.

CRÓNICA.

Roma.—El Soberano Pontífice, queriendo demostrar á S. M. Kalakaua I, rey de las islas Sandwich, su satisfacción por la protección que concede á las Misiones católicas, le había conferido la gran Cruz de la Orden de Pio IX. Penetrado de gratitud por esta distinción tan lisonjera, S. M. ha enviado á SS. Emos. los cardenales Luis Jacobini, secretario de Estado, y Simeoni, prefecto de la Propaganda, la gran Cruz de la Orden Real de Kalakaua, y ha nombrado comendador de la misma Orden al Ilmo. Domingo Jacobini, secretario de la Propaganda.

Ha sido recibido por Su Santidad el Reverendísimo señor Obispo del Congo, quien ha suplicado al Papa se digne elevar á Silla metropolitana dicho obispado. Parece que Leon XIII se muestra propicio á acceder á esta súplica. Nada tendría de extraño, pues ya se sabe que nuestro Santísimo Padre desea vivamente y abraza fundadas esperanzas de que, á no tardar, el continente africano está llamado á igualar sus antiguas glorias católicas.

Grecia.—Sabido es que el retorno de los griegos cismáticos á la verdadera fe es una de las preocupaciones del magnánimo Pontífice que gobierna la Iglesia universal. Recientemente ha salido el primer número de una publicación mensual que se propone secundar los intentos del Padre Santo. La *Revista de la Iglesia griega-unida* es exclusivamente una obra de estudios y de informaciones. Su subtítulo: *Unum ovile, unus pastor* indica el elevado objeto que se propone.

Por otra parte de algunos años acá un semanario católico, el primero que se haya publicado en griego, se publica en Syra. Enteramente consagrado á los intereses de la Religión, ha contribuido en gran parte al movimiento que aproxima los griegos cismáticos á la Iglesia romana. Tiene por título *El Oriente*.

Bulgaria.—El Rdo. Bonetti, procurador de las Misiones lazaristas, nos escribe desde Constantinopla el 18 de marzo de 1885:

«Nuestra obra tiene más necesidad que nunca de ora-

ciones y de proteccion. El vicariato confiado al ilustrísimo Mladenoff carece absolutamente de todo: escuelas, iglesias, misioneros y sacerdotes del rito búlgaro. Está á punto de terminarse la construccion de un seminario búlgaro, que podrá contener ciento cincuenta alumnos, y del que saldrán vocaciones para el estado eclesiástico. Los jóvenes que manifiesten oficios para la enseñanza serán colocados en las poblaciones católicas como profesores, y en esta cualidad podrán prestar grandes servicios. Pero para formar buenos sacerdotes y buenos maestros de escuela se necesita tiempo.

«Quince pueblos están aún privados de sacerdotes, y tienen que contentarse con la visita que se les hace tres ó cuatro veces al año. El Ilmo. Mladenoff no ha podido aún proveer de sacerdotes los cinco importantes pueblos que se han convertido desde principios de este año.

«Deberían aumentarse las escuelas de muchachos, pues los griegos y los exarquistas, lo mismo que los protestantes, se apresuran á abrir una escuela en cada pueblo que se une á la Iglesia católica. Por falta de recursos aún no hemos podido ocuparnos en las escuelas de niñas, mientras que los griegos y los exarquistas las tienen en todos los centros. Con todo, esperamos instalar en breve en Kukuch las Hijas de la Caridad.

«Un gran medio de accion consistiría en poder disponer de una iglesia del rito búlgaro en la ciudad de Salónica, donde el Ilmo. Mladenoff no tiene todavía una iglesia para celebrar la misa en su rito.

«Segun un edicto reciente del visir, todas las iglesias construidas en virtud de un firman obtenido por medio del patriarca griego fanariota, deben ser entregadas á los griegos si las piden. Poseemos treinta y una que se encuentran en este caso, y aunque la gran mayoría de los sacerdotes sean católicos, treinta y una iglesias están amenazadas de pasar á los cismáticos porque éstos las reclaman. Puede que no las perdamos todas; pero nos veremos obligados á reedificar muchas.»

Tierra Santa.—En el rio Jordan, cuyas aguas se hicieron sagradas con el bautismo de Jesús nuestro Señor, se ha colocado un puente, por la parte donde estuvo la célebre ciudad de Jericó, el que mide 45 metros de longitud por cinco de ancho. El Sultan de Turquía ha sido el que ha dado la orden para la construccion de este puente que tan necesario se hacia. Las tribus de beduinos que abundan por aquella parte de Palestina, para comunicarse con Betania, Jerusalem y demás pueblos, tenían que vadearlo, haciéndose dificultoso el paso por llevar el rio bastante caudal de agua. Los peregrinos que visiten aquellos Santos Lugares podrán tambien pasar á la ribera opuesta y así contemplar mejor aquellos fértiles sitios, testigos de tantas maravillas.

Jesucristo, que señaló con las señales de su pasion á Francisco, le imprimió su Evangelio en el corazon para que lo extendiese por toda la redondez de la tierra y este Serafin encarnado cumplió por sí mismo esta mision, y hoy la desempeña por medio de sus fieles hijos. No hay parte del mundo donde no se hallen los hijos de Francisco para enseñar á los hombres el camino de la verdad; y lo que hasta el presente han enseñado los Religiosos, vienen hoy á formentar las beneméritas hijas de la Tercera Orden. Apenas hace veinte y seis años que las Religiosas Terciarias de Ferentino se embarcaron en Civitavecchia con rumbo al Egipto, autorizadas por la sagrada Congregacion para dedicarse á la ense-

ñanza en la tierra de los Faraones, ilustrada con las virtudes de los Pablos, Antonios y Pacomios; y hoy cuentan con diez casas regidas todas por una Superiora general. Segun carta que fechada en la ciudad de David, el 4 de marzo, el Egipto no es ya suficiente para el celo que han desplegado las hijas del Serafin de Asis, y en febrero último han pasado tres de ellas, debidamente autorizadas, á tomar posesion del huerfanato Franciscano de Jerusalem, donde se recogen las niñas pobres, se las mantiene y educa en todo lo perteneciente á su sexo. No dudamos que esta casa, dirigida hasta el presente por algunas piadosas mujeres bajo la direccion del cura-párroco, tomará nuevo incremento, y se pondrá á la altura de los demás conservatorios que tienen dichas Religiosas en Egipto.

Dios bendiga sus trabajos, y aumente el número de obreras para de este modo moralizar á las jóvenes desamparadas, y hacerlas modelo de mujeres cristianas. Que sus enseñanzas sean de más provecho y utilidad «para las indígenas que las que hasta el presente han venido dándose por otras» Congregaciones bastante degeneradas de algunos años á esta parte. Que sus móviles sean únicamente la gloria de Dios y el bien de las almas, libres de la peste de bajas inspiraciones.

Siria.—Nos escriben de Bikfaia:

«En una de las últimas estribaciones de la grande y magnífica cordillera del Líbano, á cuatro leguas solamente de una de sus más encumbradas cimas, se encuentra un pueblecito. Allí el dia mismo de la Asuncion de María, desde el 15 de agosto de 1833, el Padre Riccadonna, misionero de la Compañía de Jesús, el infatigable apóstol de las llanuras de la Bekaa, fundó una residencia; esta es Bikfaia. En pocos años este pueblo, en el que reinaban desde mucho tiempo los odios hereditarios de familia á familia, y las costumbres supersticiosas más deplorables, adquirió la reputacion de uno de los pueblos más religiosos y morigerados de la montaña.

«Sus ribazos, en otro tiempo estériles, se cubrieron de viñas y repoblaron de bosques; y se escalonaron plantaciones de morales en los flancos de las montañas. Uno de nuestros misioneros, maravillado de esta prosperidad, terminaba una de sus memorias con estas palabras: «Todas las gracias vendrán de la Santísima Virgen sobre nuestra Mision de Bikfaia: en María y por María hemos llegado á lo que somos.»

«Mostremos cómo la Virgen del Líbano ha sido para Bikfaia nuestra libertadora. Desde luego Ella es quien preservó á este pueblo de la invasion del feroz Ibraimbajá. El vencedor lo destruía todo á su paso; ya Beit-Chebab era presa de las llamas, y Bikfaia iba á sufrir la misma suerte; pero María velaba y comisionó para que saliese al encuentro del enemigo su apóstol el venerado P. Esteve, quien aseguró á Ibrahim de los intentos pacíficos de los habitantes. Bikfaia se salvó, y proclamó en masa que María era su celestial Patrona.»

Africa occidental.—«Las noticias que han circulado sobre las pretensiones de Alemania en nuestras posesiones del golfo de Guinea, dice un periódico, no estaban destituidas de fundamento, segun nuestros informes, que tenemos por muy verídicos. A la expedicion española, que á bordo de la *Ferrolana* desembarcó en Santa Isabel el 27 de enero último, precedió una escuadra

alemana con objeto de posesionarse de gran parte de la costa africana, ó sea desde el Cameron hasta al Cabo de San Juan: en el primero de dichos puntos hallaron resistencia por parte de los indígenas, causándoles algunas bajas; pero los alemanes, pareciéndoles muy suave la ley del Talion, han castigado tan duramente á los bubís, que, segun se dice, dieron muerte á un centenar de ellos. Sus compatriotas se hallan muy exasperados ante este atropello, y tienen jurado cortar la cabeza á otros tantos blancos.

«Fracasado por fortuna respecto del Cabo de San Juan el proyecto de Alemania, se inició una importante expedición española, que, entrando por el expresado Cabo, recorriera el interior del Africa, firmando tratados con los reyezuelos de las tribus. Pues bien, esta expedición acaba de realizarse bajo los mejores auspicios, aunque no sin haber tenido que superar muy grandes peligros, y arrostrar costosos sacrificios. Los denodados expedicionarios han recorrido 400 leguas cuadradas, y establecido tratados con más de ochenta reyes á favor de España.

Esta brillantísima campaña, terminada precisamente cuando acaban de llegar á Fernando Poo los Padres Misioneros del Corazon de María, que, aparte de las demás posesiones, han debido establecerse ya en Cabo de San Juan, es, á no dudarlo, una prueba evidentísima de que la divina Providencia quiere hacer fecundas en aquella parte de costa africana las Misiones españolas.»

Africa central.—El Ilmo. Sogaro, vicario apostólico, nos escribe desde el Cairo el 20 de marzo:

«El 10 de este mes ha llegado de Dongola una carta de sor Teresa Grigolini, fechada en Undurman el 3 de febrero y escrita con lápiz en un pañuelo de algodón, de suerte que es ilegible en varios puntos. Refiere brevemente los indecibles sufrimientos de los prisioneros, expone un plan para llevarles socorros, y recomienda enviarles *thaleris* más bien que oro, porque el oro pierde los dos tercios de su valor. Disuade de escribir al Mahdí en su favor, pues esta intervencion podría costarles la vida. Anuncia que todos los habitantes de Khartum han sido asesinados, y que el número de los que fueron muertos con el general Gordon y el cónsul austriaco Sr. Hansal, asciende á 2,000.

«Al cabo de ocho días de recibida esta carta nos llegó otra de fecha 28 de febrero y enviada por el Sr. Santoni, conteniendo once respuestas correspondientes á otras tantas preguntas relativas á los medios de enviar socorros á los misioneros. Por razones fáciles de comprender nada podemos publicar de esto.

«El Sr. Santoni refiere en seguida las peripecias de su viaje: primero fué á Abu Gussi, despues á Ambilila por la via del Kordofan; y por último, despues de quince días de viaje, llegó á Undurman. Habiendo ido al bazar, empezó á vender mercancías que llevó consigo. Un blanco que distinguió entre la multitud y á quien pidió noticias le condujo á cuatro cabañas pobres; dos de ellas ocupadas por los misioneros, y las otras dos por las Hermanas. El Sr. Santoni les entregó una carta del P. Vicentini y les mostró la dirigida al Mahdí: todos fueron de parecer que era peligroso hacerla llegar á sus manos, y la destruyeron. Pocos días despues el Sr. Santoni fué detenido y encarcelado como espía de los ingleses. A las tres semanas le soltaron y pudo traernos la carta de sor Grigolini de que se ha hablado más arriba. Para ocultar esta carta la buena Hermana la cosió

en un pliegue de la camisa del mensajero en su hombro izquierdo.

«La prudencia nos prohíbe entrar en más amplios detalles, tanto sobre los hechos pasados como sobre nuestros proyectos. Limitémonos á decir que, si, con la gracia de Dios, somos secundados como lo esperamos, el éxito de nuestra tentativa está asegurado.»

—En una de las acciones últimamente trabadas entre los ingleses y los partidarios del Mahdí, se ha distinguido un sacerdote católico, capellan de uno de los regimientos europeos. El 17.º regimiento de infantería india, en vez de dañar á los sudaneses estaba perjudicando con el fuego que hacia un pequeño cuadro mandado por el comandante Alston. Por más que las trompetas tocaban para que el fuego cesase, el fuego no cesaba. Entonces salió del cuadro el capellan, y atravesando impávido por entre una lluvia de fuego, llegó á donde estaba el regimiento indio, que no oía los toques de corneta, á causa del ruido de la fusilería. Con la misma tranquilidad con que fué del cuadro inglés al regimiento indio, volvió del regimiento al cuadro el valerosísimo capellan, que fué recibido con hurras estrepitosos por el batallon que formaba el cuadro, cuyos soldados manifestaron su entusiasmo colocando los cascos sobre las puntas de las bayonetas, y levantando en alto los fusiles mientras vitoreaban á su salvador.

Africa ecuatorial.—Los misioneros del Africa ecuatorial acaban de hacer imprimir en París una gramática ruganda. Es el primer trabajo que se haya publicado sobre esa lengua de los ribereños del lago Victoria-Nyanza. El *ruganda* pertenece á la gran familia de las lenguas bantu. Su sistema gramatical es complicado y sabio. Los misioneros sólo han logrado descubrirlo al cabo de muchas investigaciones y tanteos, pues la falta de texto escrito les privaba de todo medio, de todo estudio que no fuese la conversacion de los indígenas.

Esta gramática es el resultado de tres años de observaciones. Un diccionario, conteniendo de seis á setecientas voces, lo mismo que algunos cuentos y leyendas escogidos, debían servirle de complemento; pero el manuscrito se perdió en el naufragio del buque la *Inmaculada Concepcion*, ocurrido el 11 de junio de 1884, cerca de Bona. Los misioneros trabajan activamente en reparar esta pérdida.

Australia.—El 8 de setiembre del corriente año se inaugurará por el Arzobispo de Sidney, Ilmo. Moran y los Obispos de su provincia eclesiástica, el primer Concilio de Australia.

Presidirá el Arzobispo citado como delegado de Su Santidad.

Asistirán dos Arzobispos de la gran isla y los Obispos de Maitland, de Bathurst, de Gulburo, de Armidale, de Brisbane, de Rockampton, de Perth, de Hovart, de Wellington y de Aukland.

El Ilmo. Dr. Cran, obispo de Sandhurst (Victoria) se halla en Europa por motivos de salud, y probablemente no podrá asistir al Concilio. Mas se espera que el ilustrísimo Dr. Luch, obispo de Aukland, igualmente en Europa, en la actualidad, podrá asistir.

El sínodo se ocupará en la situación general de la Iglesia en las colonias inglesas, y sobre todo de la cuestion de la educacion.

Se ha elegido el 8 de setiembre para día de la inau-

guracion, porque en este mismo día se celebrará el aniversario de la apertura y dedicacion de la iglesia de Santa María. Para este día quedará terminada la fachada de la catedral.

APUNTES HISTÓRICOS

SOBRE LA FUNDACION DEL COLEGIO DE SAN CARLOS Y SUS MISIONES EN LA PROVINCIA DE SANTA FE (AMÉRICA MERIDIONAL).

V.



EMEJANTE modo de proceder, aunque recto y justo, y conforme con la doctrina católica, le produjo al P. Rafael Pezzini padecimientos y persecuciones personales, y en las Reducciones confusion y desórden.

De manera que, aquel tiempo precioso que habia debido emplearlo en beneficio de sus indígenas, tuvo que distraerlo en detener los avances desvergonzados de un repugnante liberalismo, que queria suplantarse en esta valiente y religiosa provincia de Santa Fe.

Pero, si D. Nicasio no fué feliz en el primero, menos lo fué en el segundo. Porque la provincia, recobrando su soberanía hizo comprender á los gobernantes de ella que no tan fácilmente se avasalla al pueblo santafecino.

Vuelta así la calma á la provincia y los poderes públicos funcionando legalmente al amparo de la Constitucion federal, pudo el prefecto de Misiones dedicarse á sus tareas espirituales. Visitó las Misiones, estableciendo leyes saludables así para el gobierno de los Padres como de los indígenas; y animado del mayor celo de la gloria de Dios, envió al P. Hermete Costansi al desierto, para conquistar á esos hijos de la barbarie á la civilizacion cristiana. Y aunque no fuese tan feliz en sus resultados, dejó sin embargo sembradas las semillas de una próxima cosecha.

Hé aquí el documento del P. Hermete Costansi al prefecto de Misiones:

San Javier, marzo 14 de 1868.

Muy R. P. Prefecto Fr. Rafael Pezzini.

La Mision que me confió á desempeñar entre los montaraces si no fué del todo una realidad halagadora, presenta á lo menos una feliz esperanza.

En efecto, luego que me apersoné á las tolдерías, me recibieron los indígenas con muestras de cariño y aprecio. Y habiéndoles hablado de reduccion me hicieron conocer que estaban bastante animados, y que en prueba de esto me presentaban sus hijos para que les bautizara.

El famoso cacique Mariano Salteño promete reducirse, y tiene muchas esperanzas de que le seguirán los demás caciques.

Felicitó á V. P. por este triunfo que el Todopoderoso ha querido acordarnos.

Sin más por ahora, mande á este su humilde súbdito,

FR. HERMETE COSTANSI.

Con esta noticia tan favorable para las Misiones, aprovechando la buena disposicion de los infieles, el prefecto de las mismas envió nuevamente al desierto al P. Marino Macaño, para solicitar la definitiva resolucion; y no obstante que el expresado Padre no pudiese

obtener una resolucion como deseaba, vinieron sin embargo con él unos cuantos indios, en prueba de su decidida voluntad por reducirse.

Hé aquí cómo describe el P. Macaño el desempeño de su cometido:

Santa-Fe, mayo 18 de 1868.

Muy R. P. Prefecto.

Acabo de llegar del Chaco á este nuestro convento, y no habiéndole encontrado como lo deseaba, me contrajo á escribirle la presente con el objeto de instruir á V. P., en cuanto la brevedad del tiempo me lo permita, sobre el camino y resultado de la empresa que me confiara cerca de los indios de aquel inmenso desierto.

En cumplimiento de lo dispuesto por V. P., el día 2 del corriente mes salí de San Pedro para tierra adentro, acompañado del comandante D. Teodoro Almiron, doce militares de este mismo departamento y ocho indios lanceros de Cayastacito. En el mismo día llegamos á los confines de este departamento, en donde pasamos la noche. No ocurrió nada notable.

El día 3, despues de celebrar la santa Misa, á las once de la mañana continuamos nuestro camino en direccion al Chaco. En la Tapera de Turango descansamos una hora, y de ahí marchamos hasta la isleta de las Macitas.

El día 4 fuimos á parar en el lugar denominado Santa Rosa. Desde este punto principian á verse terrenos fértiles, extensos y hermosos campos, cubiertos de pastos propios para la agricultura y pastoreo.

El día 5 por la mañana salimos de este punto y fuimos á dormir en Las Higueritas. Todos los campos de Santa Rosa hasta este paraje son igualmente pastosos y de espesos bosques.

El día 6 por la mañana continuamos nuestro camino, llegando al arroyo llamado Pantanoso, donde paramos para tomar algun alimento (eran las doce del día). En seguida, continuando el camino por campos y bosques, más ó menos como los anteriores, entramos á un monte de árboles altos, y tan cerrados y tupidos por espesos arbustos y enredaderas, que apenas pudimos pasar á paso muy lento y uno tras otro.

Despues de andar como dos leguas en este espantoso monte, salimos al fin á un campo abierto y árido, de ancho como de unas dos leguas. Desde este punto se descubre hácia el Oeste una espaciosísima laguna con el nombre de Laguna Blanca, que se extiende gradualmente hácia el mismo rumbo. (Es tradicion de los indios, que en esta laguna se ven á horas avanzadas de la noche fantasmas tan horrorosos, que ellos mismos no se animan á parar en sus cercanías; hay además, en realidad, en el centro de la expresada laguna, una isla que hasta la fecha nadie se ha atrevido á explorar, porque se dice que sus aguas atraen las embarcaciones, sumergiéndolas al mismo tiempo. Los comandantes de frontera han querido tentar la exploracion de la isla, pero no se han atrevido. Se ve, sin embargo, desde la orilla, la isla poblada de árboles, sin poderse distinguir su clase en atencion á la gran distancia en que está situada. No puedo determinar la circunferencia y el diámetro de ella; pero ya se puede inferir por los datos que dejo expuestos.) A la distancia de algunas cuabras descubrimos dos indios á caballo que corrian á toda

rienda; el cautivo Apolonio Mendoza corrió á su alcance para averiguar quiénes eran. Volvió con la noticia de que pertenecían á una pequeña toldería como de unas veinte y tres personas que se hallaba á una legua delante de nosotros.

Continuámos entonces nuestra marcha hasta cuatro cuadras distantes de la misma toldería, donde pasámos la noche. Los indios nos recibieron con demostraciones de respeto y alegría, y creyendo sin duda que quedábamos más seguros y satisfechos de su buena voluntad, pasaron buena parte de la noche cantando y bailando.

El día 7 volvimos á tomar nuestro camino, y á eso de tres leguas poco más ó menos dimos con un arroyo bastante correntoso y en cuyo paso el agua nos daba más arriba del encuentro del caballo. Marchámos hasta el campo Redondo, donde hicimos alguna demora, para tomar alimento (eran las doce del día).

Desde la primera toldería del campo de la Laguna hasta este paraje, habrá una distancia de siete leguas. Como á las siete cuadras se dejaron ver unos indios á caballo. El cautivo Polonio fué á reconocerlos; era el cacique Mariano y uno de sus dos hijos, que esperándonos ya recorrían las cercanías del camino por si nos alcanzaban á ver. Apersonados que fuimos de ellos, desmontaron de sus caballos y nos recibieron con manifestaciones de gran contento en ver al Padre y á su comitiva, y en seguida me pidieron la bendición.

Después de esto desplegué la bandera que llevaba prevenida, y que contenía una cruz y las llagas de nuestro Padre san Francisco. Se la pasé enarbolada al comandante Almiron, quien la entregó al cacique Mariano, y todos con entusiasmo gritaron: «¡Viva el Dios verdadero! ¡Viva la religion católica! ¡Viva la Orden de san Francisco! ¡Viva la provincia de Santa Fe y su Gobierno!»

En seguida tomámos la marcha, encaminándonos al lugar denominado «Dónde desertó el Carpincho,» en el que el cacique tenía el resto de su gente.

Llegámos á las cuatro de la tarde, y la indiada nos recibió con grande algazara y prolongados vivas. Apenas bajé del caballo me rodeó toda la indiada; el cacique Mariano acercándose el primero, tomó respetuosamente las gracias, ceremonias que practicaron todos igualmente por orden, cada uno á su vez.

En oportunidad le dirigí la palabra á la multitud, explicándole el objeto de mi mision, la que no tenía otro que el de proporcionarles á todos el bien espiritual con toda abnegacion y celo, y el temporal en cuanto pudiese con la mayor solicitud y desinterés; que para esto último contaba con el apoyo y eficaz cooperacion del Gobierno nacional y con el actual de Santa Fe; y que ambas autoridades abrigaban los propósitos más ventajosos en favor de su bienestar mediante los auxilios que prestaba la vida civilizada y moral.

El cacique y los demás indios manifestaron estar conformes con tales proposiciones. En seguida formé una especie de capilla entre los quebrachos, recé con todos los indios el santísimo Rosario y al fin les prediqué la divina palabra, explicándoles el capitán Francisco Salteño en lengua *mocoví*: la que atendían con profundo silencio y particular devocion.

Esta misma diligencia practiqué al día siguiente.

Los caciques Mariano, Valentin Teorí, Ignacio Lanche, Cruz Lero, Máximo Tarragona, se reunieron para tratar sobre su reduccion.

Siento no poderle comunicar el pormenor de lo que allí se trató, pues no fué posible asistir á esa reunion; pero sí sé que han convenido reducirse; que al efecto, los caciques se fueron á traer sus familias que las tenían en la otra banda del rio Salado.

Yo tuve varias conferencias particulares con el cacique Mariano, en las que pude conocer su decidida voluntad en reducirse; pues me aseguró que, dado el imposible que nadie quisiera cumplir lo prometido, se reduciría él solo con su familia.

Le diré en conclusion, pues el tiempo me falta, que el día 9 á las once salimos de regreso para ésta, y á las once y tres cuartos del día 15 llegámos á Cayastacito con treinta y tres indios que hemos arrancado del desierto para nuestras Reducciones; el resto de la demás indiada de que hice mencion antes, junto con el cacique Mariano, no tardará en llegar.

Abrigo la halagüeña esperanza, que mediante Dios y la favorable cooperacion del Gobierno, los indios serán reducidos á la vida cristiana y laboriosa.

Los indios traídos por mí los dejé en Cayastacito hasta que el Gobierno resuelva el lugar de la nueva Reduccion.—FR. MARINO MACAÑO.

Mientras esto se realizaba en el desierto y los Padres misioneros trabajaban para reducir los infieles á la vida civilizada, el discretorio de mi Colegio decretaba el envío de un Padre misionero á Europa para traer una nueva Mision, con el fin de atender á las siempre crecientes necesidades de estas poblaciones.

La resolucion recayó en la persona del prefecto de Misiones Fr. Rafael Pezzini, por lo cual tuvo que encargar las Misiones al P. Bernardo Arana.

A la vuelta del expresado prefecto, la actividad del P. Arana le habia preparado la realizacion de la Reduccion de la indiada del cacique Mariano. Y con el nuevo envío del P. Bernardo Tripini á las tolderías (á fines del 70) pudo el mencionado Padre, con peligro de su vida, pues se habria ahogado al pasar una profunda laguna si los indios del cacique Mariano no le hubieran salvado, traer 474 indios entre grandes y chicos, los que fueron establecidos en Cayastá Viejo, cuya Reduccion tomó el nombre de San Martin.

El Gobierno les donó una área de terrenos de dos leguas de frente por dos de fondo.

Obtenido este triunfo, el prefecto de Misiones se dedicó á la edificacion inmediata de una capilla y casa provisoria para habitacion de los Padres. Y conociendo que un solo Padre misionero era insuficiente para atender las necesidades de esa indiada, porque debia educarse, instruirse en la Religion, bautizarse y civilizarse, le anexó el P. Jerónimo Marchetti.

Con la buena administracion de esa Reduccion, y con los esfuerzos que hacia la Mision para protegerla, en breve tiempo ésta pudo aumentar el número de los reducidos á 778.

Concluidos estos trabajos, y no habiendo por otra parte esperanzas de formar nuevas Reducciones, el prefecto Pezzini visitó las Misiones remediando, en cuanto era posible de su parte, las necesidades de ellas, ordenando en San Javier el corte de muchos miles de material para la nueva iglesia que debia edificarse y que no tuvo realizacion hasta la nueva prefectura.

Con los trabajos que he diseñado concluyó ese período de prefecto el P. Rafael Pezzini.

COMO SABE MORIR UN JESUITA.

Un gobernador del Japon que queria lisonjear á su rey, hizo construir sobre una lengua de tierra que avanzaba dentro del mar, una prision expuesta á todos los vientos. Se componia de una serie de jaulas con las cuales no era posible estar de pié ni sentarse, y que no preservaban ni de los rayos del sol ni de los rigores del frio. El gobernador arrojó dentro de estas jaulas al Padre Spinola y catorce religiosos más, culpables por haber predicado la castidad, la limosna, la igualdad cristiana y el amor de Dios. Pensaba, al hacerlos perecer sin aparato, extinguir el celo que se aumentaba con las hogueras.

¿Qué sucedió? los japoneses denunciaron como cristianos para entrar en aquella horrible prision, y cuando fueron encerrados en ella, solicitaron el honor de ser agregados á la Compañía de Jesús. Spinola los admitió, y la prision se vió pronto convertida en un colegio de novicios. Al ver esto el gobernador, creyó siguiendo el consejo de los protestantes ingleses, que seria mejor quemar vivos á los Jesuitas.

Así, despues de tres años pasados en las jaulas de Ormura, Spinola, sus compañeros y los neófitos fueron conducidos á la hoguera. Treinta y tantos cristianos indígenas debian de ser decapitados el mismo dia y en el mismo lugar. Cuando las dos tropas de mártires se encontraron, Spinola entonó el *Laudate pueri Dominum*. Los sacerdotes, los cristianos á quienes la muerte esperaba, y los que se hallaban entre la mu-

chedumbre de los espectadores y se honraban con su amistad ó con su conocimiento, todos á una sola voz hicieron coro á este cántico de alabanzas. Spinola habló en seguida.

Los literatos del Japon, enseñados por los mercaderes protestantes de Holanda é Inglaterra, alegaban ya en aquella época contra los Jesuitas, los argumentos que reproducen los folletines de algunos periódicos de nuestros dias. Spinola, desde la cima de la hoguera, dijo en

pocas palabras cuál era la ambicion que los habia arruinado, y se regocijó de poseer al fin los bienes que habia venido á buscar. Mientras hablaba distinguió entre los mártires á Isabel Fernandez, esposa de un portugués en cuya casa habia sido aprehendido, y le preguntó dónde estaba su hijo, el pequeño Ignacio que él habia bautizado cuatro años antes, la víspera de su prision. Isabel levantó en sus brazos al niño, que como todos los cristianos llevaba sus mejores vestidos, y le contestó: «Vedle aquí, Padre mio; él se regocija de morir con nosotros.» Despues dirigiéndose al niño añadió: «Mira hijo mio á aquel que te ha hecho hijo de Dios y te ha dado una vida mil veces pre-

ferible á la que vamos á dejar.» Ignacio se arrodilló y el confesor, probado por veinte años de martirio, envuelto y sofocado casi por las llamas, bendijo al mártir de la primera infancia. Un grito de conmiseracion salió de todos los pechos. Para reprimirlo, los jueces dieron la señal de la ejecucion, y las treinta y tantas cabezas de los cristianos cayeron en un instante.



ESTADOS-UNIDOS.—Valle del Río Grande: tren en las Grutas pintadas. (Pag. 144).